

MADRID EN EL MARCO DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO DE LA PENINSULA IBERICA

M.^a CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED
M.^a LUZ SÁNCHEZ CAPILLA ARROYO
JUANA CALLE PARDO

Resumen

Este trabajo estudia el conjunto de yacimientos y hallazgos procedentes de la región de Madrid, enmarcados dentro de la I Edad del Hierro y con una cronología centrada en los siglos VII y VI antes de Cristo. A través de estos conjuntos es posible empezar a definir los rasgos más característicos de un horizonte, que hasta ahora apenas era conocido.

SUMMARY

This work studies all the settlement and finding from the region of Madrid, in the first Iron Age and with a cronology dated the VII and VI centuries before Christ. Trough these groups is possible to begin to determinate the most characteristic features of a hardly known horizon.

A comienzos de la presente década, paralelamente a la identificación del Horizonte Cogotas I en la cuenca del Henares-Jarama, empieza a definirse también en esta misma área, un nuevo horizonte situado cronológicamente entre el Bronce Final y la segunda Edad del Hierro, los materiales que los caracterizan, aun conservando algunos elementos del Horizonte Cogotas I, presentan características nuevas y claramente entroncadas con los rasgos que definen los ajuares de otras áreas culturales de la Primera Edad del Hierro.

La renovación material que se registra hay que interpretarla como consecuencia de las nuevas corrientes culturales que en estos momentos comienzan a llegar a la península de la mano de los pueblos colonizadores mediterráneos y de los grupos continentales que, por circuitos muy distintos, influyen de forma directa o indirecta sobre las distintas áreas peninsulares, incluidas las regiones centrales.

Si desde mediados del segundo milenio y hasta fines del siglo VIII a. C., tanto la Meseta Norte como la Meseta Sur habían conocido únicamente el desarrollo del Horizonte Cogotas I evolucionando, casi insensiblemente, en su cultura material, en sus pautas artísticas y en sus modos de vida, a fines del siglo VIII o inicios del VII antes de Cristo, se produce una corriente de importante renovación que se manifiesta tanto en la cultura material como en las pautas que dominan en la ubicación de los asentamientos y las características arquitectónicas de los mismos, así mismo parecen darse indicios que apuntan hacia nuevos intereses e incluso a planteamientos sociales diferentes.

Este cambio resulta más espectacular si tenemos en cuenta que durante la segunda mitad del segundo milenio y los comienzos del primer milenio, los grupos del Horizonte Cogotas I, al igual que la mayor parte de los diferentes círculos culturales peninsulares, no sólo habían evolucionado muy paulatinamente sino que además, debido a la falta de asentamientos con estructuras en duro y a la casi total ausencia de enterramientos intencionados, no tenemos contextos que permitan una reconstrucción cultural fiable y se produce una auténtica «Edad oscura» que contrasta con los datos que comienzan a proporcionar las asociaciones más o menos expresivas de los diferentes tipos de yacimientos pertenecientes al nuevo horizonte. Ya que, a partir de los siglos VIII-VII antes de Cristo, coincidiendo con el inicio de la Primera Edad del Hierro, comienza a desarrollarse una arquitectura doméstica que, sin utilizar, apenas todavía, materiales inorgánicos, deja huellas más o menos evidentes. Además, casi en esos mismos momentos, se extiende la práctica de enterramientos intencionados asociados a ajuares, facilitando un estudio paleontológico.

La situación descrita no resulta ajena a la región de Madrid cuya evolución encaja perfectamente en el panorama cultural de la Prehistoria reciente peninsular pues, a medida que su desarrollo es mejor conocido, se puede comprobar que su evolución está marcada, en buena medida, por su estratégica posición geográfica lo que le permitió entrar en contacto con diferentes grupos y, a través de ellos, conocer las corrientes dominantes en el panorama peninsular y europeo. En este marco de relaciones, conviene destacar que, aunque los contactos fueron múltiples y procedentes de zonas diversas, son las regiones mediterráneas del sureste las que parecen haber marcado una influencia más decisiva en su evolución cultural.

En el estado actual de los conocimientos, sabemos que la región de Madrid vivió, durante el Bronce Final, un floreciente desarrollo del Horizonte Cogotas I que dejó numerosas huellas en su suelo, aunque con escasísimas variantes. Concretamente estas evidencias corresponden, en su totalidad, a ocupaciones temporales de grupos reducidos, cuyas estructuras inmuebles se reducen a sencillas hoyas o silos abiertos en el subsuelo donde han quedado recogidos la inmensa mayoría de los materiales muebles. La escasa duración de estos asentamientos explicaría, en parte, su proliferación y lo perentorio de sus estructuras. La ocupación de tierras bajas con un especial rendimiento en pastizales permite suponer que una de las actividades primarias predominantes en estos grupos sería la ganadería.

Una consecuencia directa de la actividad pastoril son los forzosos desplazamientos que les llevarían a las tierras meridionales más templadas, durante el invierno y a las zonas serranas durante el verano. Estos movimientos facilitarían, de manera natural, las relaciones con

buena parte de los grupos asentados en el área oriental de la Península, creando así, una cierta unidad cultural en la que no faltan matizaciones regionales.

En este marco de relaciones hay que pensar que la llegada de los primeros grupos de colonizadores a las costas meridionales de la Península, no debió de ser un hecho ajeno a estos pueblos del interior, sino que pronto conocerían los nuevos productos y las modas que los inspiraban, así como la tecnología aplicada en su realización, aunque su nivel económico y sus posibilidades sociales no les permitieran estar en situación de poder comerciar en un nivel de igualdad con los recién llegados para importar objetos de lujo o, simplemente, curiosos, por lo que trataron de imitarlos, en la mayoría de las ocasiones, con resultados más que aceptables. Más difícil resulta conocer la influencia que estos colonos u otros grupos extrapeninsulares pudieron ejercer, en nuestra área de estudio, en el campo social y económico, pero hay que suponer que se produjo una permeabilización que terminó afectando a la evolución del comportamiento general de los grupos allí establecidos.

Como consecuencia de esta situación, a inicios del siglo VII, los fósiles guía del Horizonte Cogotas I, y más concretamente, sus características cerámicas ornamentadas con variadas técnicas de incrustación, desaparecen de forma relativamente súbita del acervo material de la mayor parte de las gentes asentadas en la Meseta y son sustituidos por nuevos conjuntos que, sólo en ocasiones, conservan algunos rasgos tradicionales. Otros materiales muebles, como los objetos metálicos, experimentan también cambios morfológicos y tecnológicos acordes con las nuevas corrientes. Al mismo tiempo, los asentamientos empiezan a evidenciar huellas más complejas que delatan un cambio en los sistemas arquitectónicos domésticos. A pesar de este cambio sustancial en muchos aspectos, no parece existir una ruptura total con los anteriores modos de vida ya que ni parece producirse un aumento en el número de habitantes, ni los asentamientos dan muestra de una estabilidad mucho mayor.

La definición de este horizonte cultural y su encuadre cronológico es reciente y, como antes apuntamos, ha estado estrechamente vinculado a los estudios desarrollados sobre el Horizonte Cogotas I, la etapa cultural mejor conocida de la Protohistoria madrileña, aunque el ritmo de los hallazgos parece preludiar que muy pronto los conjuntos correspondientes a la Primera Edad del Hierro van a ser tan numerosos como los del Bronce Final, con la ventaja de que su mayor complejidad y diversidad van a ofrecer un panorama mucho más amplio y completo que el que poseemos para el Horizonte inmediatamente anterior.

Hasta el momento, los yacimientos de la provincia de Madrid que han proporcionado algún tipo de material que, de una forma u otra, puede adscribirse a la Primera Edad del Hierro, son 17 de los cuales sólo cinco han sido objeto de excavación más o menos prolongada, que en ningún caso ha afectado a una superficie suficientemente amplia, por lo que tampoco han podido proporcionar una visión completa del conjunto. De todas formas, esta nómina de yacimientos aumenta día a día y buena prueba de ello es el importante número de lugares pertenecientes a este horizonte, localizados en los últimos años. En 1980 se identificaba el primer conjunto: Cerro Ecce Homo (ALMAGRO y FERNANDEZ GALIANO, 1980), en 1986 cartografiábamos 6 yacimientos (BLASCO y BARRIO, 1986, p. 122) y en estos momentos son ya 17, (Fig. 1). El material que estos «loci» ha brindado resulta relativamente homogéneo y permite encuadrarlos en un marco centrado entre los siglos VII y VI antes de



FIG. 1. — Mapa de dispersión de yacimientos de la Edad del Hierro-I en la Comunidad de Madrid.

- | | |
|--|--|
| 1. Ecce Homo, Alcalá de Henares (*). | 10. La Aldehuela-Salmedina, Getafe (*). |
| 2. Sector III, Getafe (*). | 11. Arenero de Salmedina, Getafe. |
| 3. El Torrejón, Getafe. | 12. Perales de Tajuña. |
| 4. Venta de la Victoria, Getafe. | 13. Cerro de San Antonio, Madrid (*). |
| 5. La Zorrera, Getafe. | 14. Pinto. |
| 6. Arenero del Arroyo del Culebro, Getafe. | 15. La Boyeriza II, San Martín de la Vega. |
| 7. La Torrecilla, Getafe (*). | 16. Finca de los Angeles, San Martín de la Vega. |
| 8. La Aldehuela, Getafe. | 17. Puente Largo del Jarama, Aranjuez. |
| 9. Puente de la Aldehuela, Getafe (*). | |

(*) Yacimientos excavados.

Cristo que, en ocasiones podría prolongarse hasta el V y conectar así con los inicios de la iberización de la zona.

Estos yacimientos se localizan en todas las cuencas fluviales de la provincia de Madrid, aunque son especialmente numerosos en el Manzanares, debido a que ha sido objeto de una explotación y remoción más intensa y también a que en este río se ha llevado a cabo una prospección más minuciosa. Posiblemente este importante volumen de yacimientos es consecuencia de la escasa estabilidad de la mayor parte de los grupos que habitan en esta zona durante la etapa que estudiamos, así como al escaso tamaño de los propios grupos, lo que favorece su diseminación y proliferación.

Los yacimientos conocidos hasta el momento se reparten del modo siguiente:

Cuenca del Henares: 1 yacimiento: Ecce Homo (Alcalá de Henares).

Cuenca del Tajuña: 1 yacimiento. Perales de Tajuña.

Cuenca del Jarama: 3 yacimientos: La Boyeriza II y Finca de los Angeles en San Martín de la Vega y Puente Largo en Aranjuez.

Cuenca del Manzanares: 12 yacimientos, de los cuales 6 están en el cauce del Arroyo Culebro y los 6 restantes a lo largo del propio Manzanares. Los situados en el cauce del Culebro son: Sector III, El Torrejón, La Zorrera, y Arenero del Arroyo Culebro, todos ellos en el término de Getafe, a los que hay que añadir el recientemente localizado en Pinto. Un caso particular representa el Puente I de la Aldehuela (Getafe), localizado en un punto a la confluencia del Culebro con el Manzanares.

En el Manzanares, hemos cartografiado los siguientes conjuntos: Cerro de San Antonio, Madrid; Venta de La Victoria, La Torrecilla, La Aldehuela, La Aldehuela-Salmedina y Arenero de Salmedina, estos cinco últimos dentro de término de Getafe.

El mapa no puede considerarse, ni mucho menos, definitivo, ya que la mayor parte de estos lugares han sido localizados en los cinco últimos años y suponemos que si los hallazgos se siguen sucediendo a un ritmo similar, en el transcurso de pocos años, la Comunidad de Madrid puede convertirse en una de las zonas de la Península con mayor número de estaciones pertenecientes al Horizonte de Hierro I, circunstancia que no sería extraña si tenemos en cuenta que los hábitats del Bronce Final parecen alcanzar una extensión algo mayor, no sabemos si por haber sido objeto de varias reocupaciones, que se intuyen por la intersección de algunos fondos o, simplemente, como consecuencia de un modelo de hábitat algo más concentrado.

Todos estos sitios se ubican en puntos de nueva planta, con la única excepción del Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares), cuya situación privilegiada fue causa de una prolongada ocupación desde comienzos de la Edad del Bronce hasta la iberización. Sin embargo, tanto en Ecce Homo (Alcalá de Henares), como en Arroyo Culebro y Arenero de La Aldehuela, estos dos últimos situados en el término de Getafe, así como en Perales de Tajuña y Pinto, hay evidencias de una continuidad de la población durante la II Edad del Hierro, hecho que podría interpretarse quizá, como una tendencia de la población a la estabilidad lo que propiciaría que los puntos con mejores condiciones ambientales y topográficas se mantuvieran habitados durante algunas centurias. Aunque no se puede descartar tampoco que la continuidad de hábitat coincida sólo con los lugares de cronología más avanzada, en cuyo caso

habría que suponer que población queda más o menos estabilizada en esta zona en torno al siglo V, poco antes del inicio de la iberización.

Esta coincidencia de la población de la segunda Edad del Hierro en puntos ya ocupados por grupos pertenecientes al primer Hierro nos permite hablar de una continuidad entre ambos estadios, que no se reduce al aspecto espacial, sino que queda evidenciada en muchos rasgos materiales, los cuales, en ocasiones, derivan de prototipos del Bronce Final, manteniéndose una tradición que evoluciona en la zona sin solución de continuidad, a pesar de que el carácter de semipermanencia de sus establecimientos no permita comprobar el proceso de cambio experimentado por un determinado grupo en un lugar concreto.

Estudio de los principales rasgos culturales

1. *Características de los hábitats*

a) *El emplazamiento:*

Como ya hemos apuntado, la mayor parte de los yacimientos incluidos en este horizonte cultural se levantan en puntos no ocupados hasta el momento, siendo la única excepción el Cerro Ecce Homo en cuya cima ya se habían establecido distintos grupos desde el inicio de la Edad de los Metales, aunque tampoco, en este caso, no se produjo una auténtica superposición de hábitats, sino más bien una coincidencia espacial en la localización de asentamientos ocasionales, por parte de grupos de cronología muy diversa, al tratarse de un lugar de especial interés topográfico.

El resto de los hábitats madrileños adscribibles a este horizonte se ubican indistintamente en cerretes testigo de moderada elevación como es el caso de San Antonio (Madrid) o La Boyeriza (San Martín de la Vega), en suaves elevaciones de unos pocos metros sobre el nivel de las terrazas del río circundantes, como en los yacimientos de Venta de la Victoria y Sector III ambos en Getafe, o incluso en llano, caso de Puente I o El arroyo Culebro (Getafe).

Esta disparidad en la topografía podría responder a una diversidad en el aprovechamiento del entorno o a unas necesidades de control del territorio distintas pero no a una preocupación por la defensa ya que, ni siquiera en los asentamientos de altura, se levantan obras de arquitectura defensiva ni los sitios se muestran inexpugnables, al presentar alguna de las laderas un fácil acceso y ser perfectamente controlables desde puntos más o menos lejanos. En cuanto a los lugares en que se asientan, parece observarse una «colonización» de nuevas tierras, pues además de los asentamientos ubicados en los mismos parajes que habían ocupado los grupos del Horizonte Cogotas I, es decir en el borde de la terraza más próxima al lecho de inundación, donde hay una irrigación natural, encontramos otros que se localizan en zonas de menor humedad, como pueden ser las riberas de arroyadas de régimen muy irregular, con cauce intermitente, donde la puesta en cultivo de las tierras, precisaría de una infraestructura hidráulica para asegurar un rendimiento agrícola sin excesivo riesgo (Fig. 2). Esta dispersión de la población para la puesta en explotación de nuevas tierras, pudo estar

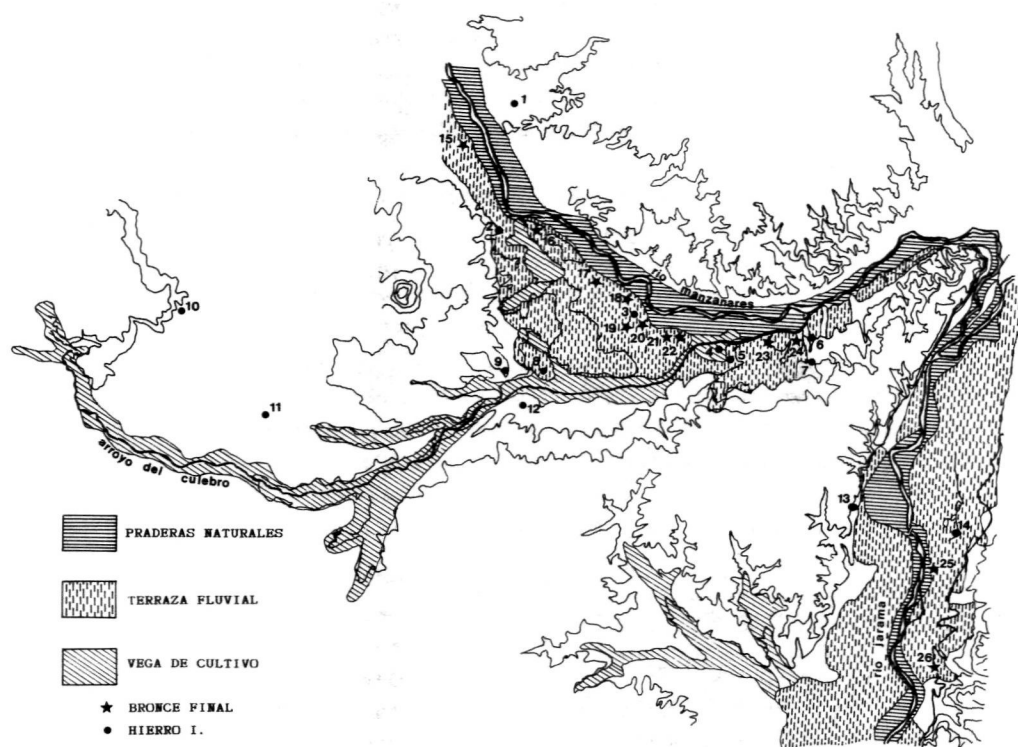


FIG. 2. — Localización de los yacimientos del Bronce Final y Hierro-I en el curso de los ríos Manzanares y Jarama.

- | | |
|--|--|
| 1. Cerro de San Antonio, Vallecas. | 16. Arenero del Soto, Getafe. |
| 2. Venta de la Victoria, Getafe. | 17. Arenero del Km. 8,600 de la carretera de S. Martín de la Vega, Getafe. |
| 3. La Torrecilla, Getafe. | 18. Arenero del Marqués de Perales, Getafe. |
| 4. La Aldehuela, Getafe. | 19. Arenero de la Torrecilla, Getafe. |
| 5. Puente de la Aldehuela, Getafe. | 20. La Torrecilla, Getafe. |
| 6. La Aldehuela-Salmedina, Getafe. | 21. Arenero frente a la Casa de los Frailes, Getafe. |
| 7. Arenero de Salmedina, Getafe. | 22. La Aldehuela, Getafe. |
| 8. Arenero del Arroyo del Culebro, Getafe. | 23. Preresca, Getafe. |
| 9. La Zorrera, Getafe. | 24. Arenero de Alcaraz, Getafe. |
| 10. Sector-III, Getafe. | 25. Casa de la Peña II, San Martín de la Vega. |
| 11. El Torrejón, Getafe. | 26. Finca de los Basilius, San Martín de la Vega. |
| 12. Pinto. | |
| 13. La Boyeriza II, San Martín de la Vega. | |
| 14. Finca de los Angeles, San Martín de la Vega. | |
| 15. Arenero de Jesús Fernández, Villaverde. | |

propiciada por un aumento poblacional que hacía insuficiente el aprovechamiento exclusivo de la franja más próxima a los ríos, única zona de irrigación natural; pero tampoco se puede descartar la posibilidad de que esta nueva distribución de los asentamientos se deba, bien a mejoras técnicas en el campo de la ingeniería hidráulica que hacen rentables zonas hasta entonces de difícil aprovechamiento, bien a la introducción de nuevos cultivos que se adaptan a terrenos menos irrigados.

Por otra parte, este alejamiento de las poblaciones de las zonas de praderas y pastos naturales, coincidentes con el lecho de inundación de los ríos, obligaría en algunos casos, a un cambio cualitativo en la composición de la cabaña, actividad que posiblemente debió de perder el protagonismo que tuvo en el horizonte anterior, en favor de la agricultura.

La ubicación de los yacimientos en altura o en pequeños promontorios, o incluso en llano, en las cuencas de los ríos, aunque no en las proximidades del cauce, y siempre en terrenos de vocación agrícola, coincide bastante exactamente con la situación de los establecimientos de este mismo horizonte, de la cuenca del Henares, a su paso por Guadalajara, estudiados por Valiente Malla y otros (VALIENTE MALLA, CRESPO CANO y ESPINOSA GIMENO, 1986), los cuales contrastan también con los yacimientos precedentes de esa cuenca fluvial que, a diferencia de la región del Jarama-Manzanares, se situaron en cerros prominentes.

Las características arquitectónicas

La falta de excavaciones sistemáticas en la mayor parte de los yacimientos conocidos nos obliga a manejar únicamente la información que han brindado los cuatro únicos hábitats excavados: Ecce Homo, San Antonio, Sector III de Getafe y Puente I. Durante esta etapa persiste un tipo de arquitectura doméstica basado en el empleo sistemático de materiales orgánicos revocados con manteado de barro, que no distaría mucho al utilizarlo en la etapa previa del Horizonte Cogotas I. Sin embargo se producen algunas novedades que pueden ser consecuencia de la necesidad de dotar a las viviendas de mayor estabilidad y consistencia. Concretamente se ha podido comprobar que, en muchos casos, se excava un zócalo de unos 30 centímetros de profundidad que sirve como basamento o anclaje, colocándose, fuera del perímetro descrito por este zócalo, los postes de sustentación de las paredes. Estos pies hincados perimetrales se completaban con, al menos un poste central y, generalmente, con otros postes alineados en el eje de la vivienda que servían de sustentación a la techumbre.

Por las huellas encontradas en cuatro de los yacimientos excavados parece que las unidades habitacionales se complementaban con áreas de fuego, zonas de encanchados y hoyos o silos que se situaban tanto al exterior como al interior de las unidades arquitectónicas y que pudieron estar en relación con actividades domésticas o artesanales. La constatación de estas actividades, tanto en el interior como en el exterior de las unidades arquitectónicas, se ha producido también en diversos hábitats sincrónicos de la Europa occidental (DEBET, 1987). Por otra parte, conviene recordar que, en estos momentos, aun existiendo algunos «fondos» u hoyos excavados en el subsuelo, éstos forman parte de complejos más amplios, asociados a las viviendas, pero dejan de constituir extensas agrupaciones en las que son las únicas huellas de la actividad humana, como ocurría en el Horizonte Cogotas I.

Las huellas de las dos únicas estructuras que se han conservado más o menos completas, fueron halladas en *Ecce Homo* (ALMAGRO y DAVILA, 1989) y Sector III de Getafe (BLASCO y BARRIO, 1987) (Fig. 3) y evidencian una planta de tendencia oval que en el segundo de los conjuntos presenta además un perfil lobulado. Por otra parte, la existencia, en ambos casos, de pequeños orificios distribuidos en el interior de la superficie e interpretados como posibles huellas de postes, hacen pensar en la colocación de posibles medianeras o biombos que permitirían el aislamiento de diferentes ambientes. El hecho de que en la etapa previa no se conserven ningún tipo de huellas relativas a las viviendas nos invita a suponer que las estructuras del Horizonte Cogotas I apenas poseían anclajes y, si los tenían, eran de muy escasa embergadura, faltando los zócalos semiexcavados.

El modelo arquitectónico evidenciado en estos poblados del Hierro I madrileño no es demasiado diferente del que encontramos en círculos culturales coetáneos, como es el caso del Horizonte Soto I del Duero medio, según se deduce del yacimiento de La Mota (GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985), de los castros sorianos (ROMERO, 1989), del sudeste, como se desprende de los datos proporcionados por Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1985), o del País Vasco, a través de los castros de Henayo y Peñas de Oro (LLANOS, 1974), por citar sólo algunos ejemplos.

Este hecho parece indicar que, durante los siglos VII y VI antes de Cristo, en la mayor parte de las tierras peninsulares, no se realiza un urbanismo en duro ni se organizan las estructuras arquitectónicas dentro de unas pautas urbanísticas desarrolladas. Esa circunstancia se produce incluso en áreas culturales que durante el Bronce clásico practicaron un urbanismo relativamente elaborado con estructuras en duro, como es el caso del sureste o de la región levantina. Concretamente en el sureste se comprueba el hecho, incluso en yacimientos argáricos con importantes construcciones en piedra pertenecientes al bronce clásico, sobre las que se levantan durante el Bronce Final y Hierro I someras cabañas realizadas en materia orgánica, como ejemplo baste citar Cerro de la Encina de Monachil (ARRIBAS et alii 1974).

Por el contrario, en el Valle del Ebro, parece producirse una excepción ya que a partir del siglo VII antes de Cristo se registra una importante eclosión urbanística (RUIZ ZAPATEIRO, 1986), precisamente en una zona donde en horizontes previos apenas encontramos trazas de estructuras arquitectónicas, como es el caso de Moncín (HARRISON, MORENO y LEGGE, 1987) adscribible al Bronce Final, donde no se han detectado más que los clásicos «fondos» o silos y algunas alineaciones de piedras muy irregulares.

De todas formas, como antes hemos apuntado, la Primera Edad del Hierro representa, en materia urbanística, una cierta continuidad con la Edad del Bronce Final al mantener una arquitectura de materia orgánica y desarrollar estructuras con planta de tendencia circular que, generalmente, se vincula a ese material constructivo. Pero supone también un momento de experimentación en busca de soluciones que proporcionen mayor solidez hecho que se plasma en la preparación de zócalos excavados en el subsuelo. Estos ensayos desembocarán en la mayor parte de las tierras peninsulares, en torno al siglo V antes de Cristo, en la consecución de una organización urbana basada en las estructuras de planta rectangular o cuadrangular que permiten una ordenación regular en torno a ejes o espacios abiertos y todo ello gracias a la mayor consistencia que adquiere la arquitectura con la reiterada utiliza-

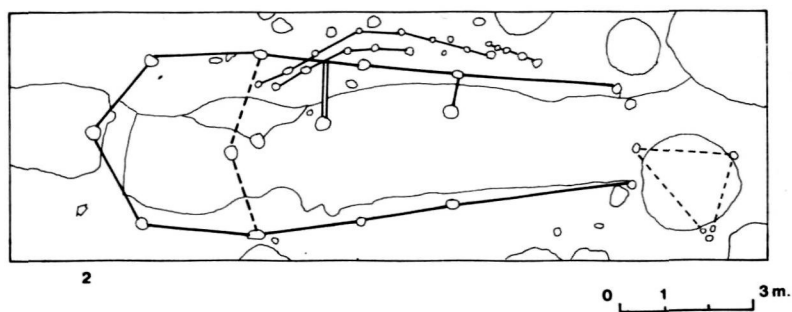
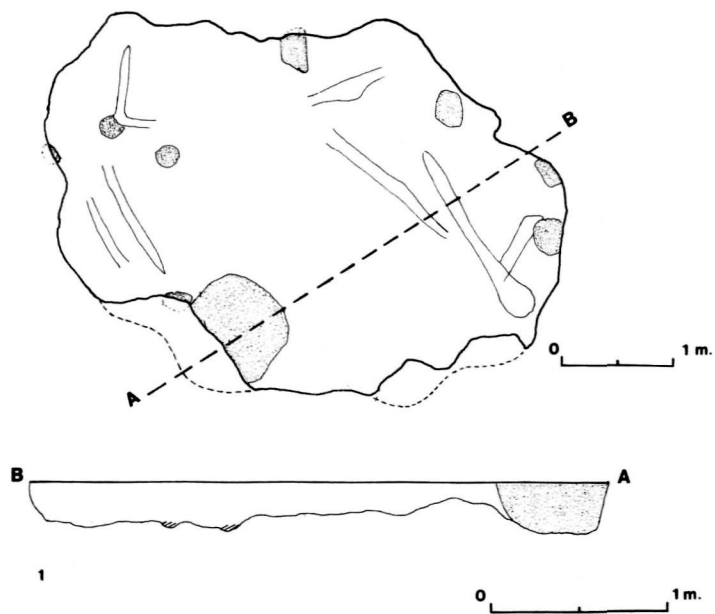


FIG. 3. — 1, planta y sección de un fondo de cabaña del Hierro-I, yacimiento Sector-III, Getafe, según Blasco y Barrio (1986); 2, planta de una cabaña del Hierro-I, yacimiento Ecce Homo, Alcalá de Henares, según Almagro y Dávila (1989).

ción de la piedra y la arcilla. Este proceso es perfectamente aplicable a la región de Madrid donde, a fines del siglo V, encontramos ya el sistemático empleo del adobe, que sólo a veces se cimenta con zócalos líticos. Paralelamente aparecen también las primeras estructuras de planta cuadrangular o rectangular (BLASCO y ALONSO, 1985).

El aparente bajo nivel técnico de la arquitectura doméstica y organización urbana de la Primera Edad del Hierro peninsular, no está muy lejos del desarrollo observado en otras áreas culturales europeas de la misma época donde se utilizan también, con carácter general, materiales orgánicos, con los que se levantan cabañas de paredes curvas, una norma de la que constituyen una excepción los oppida fortificados, posibles residencias de una clase privilegiada [DUVAL y KRUTA, (eds.), 1975].

Las características arquitectónicas de las estructuras domésticas y el escaso desarrollo urbano, sin una ordenación aparente, ni infraestructuras en las posibles áreas comunes, pueden estar en relación con la escasa estabilidad que parece detectarse todavía en la mayoría de los establecimientos. Por otra parte, resulta difícil calcular el tamaño de los hábitats en la región de Madrid, pero es posible que la mayor parte de ellos estén en torno a una hectárea, e incluso bastantes no lleguen a alcanzarla, por lo que acogerían a unas pocas decenas de personas, no experimentándose un aumento apreciable en el tamaño de los grupos con respecto al Bronce Final de la zona, es más, incluso parece que los hábitats son de menor tamaño, aunque esta apreciación quizás se deba a que la superficie de algunos de los establecimientos Cogotas I, corresponden, al menos, a más de una ocupación, por lo que no es posible conocer la superficie exacta que estuvo ocupada en un momento concreto. Por el contrario, por ahora, no se han detectado posibles reocupaciones en los yacimientos madrileños de la Primera Edad del Hierro.

2. Actividades económicas

El emplazamiento de los hábitats, a que hemos hecho referencia en el apartado anterior, está íntimamente relacionado con la estrategia de captación de recursos practicada por sus ocupantes y, por tanto, con las actividades económicas primarias. De lo dicho se desprende que se produce un alejamiento o, al menos, un menor interés por las zonas de praderas naturales próximas al Manzanares que, hasta ese momento, habían proporcionado buenos pastos para el ganado e, incluso, para especies cinegéticas. Como alternativa, la mayor parte de los sitios pertenecientes a la I Edad del Hierro se ubican en terrenos próximos a pequeños cursos de agua, como es el arroyo Culebro, en zonas denominadas de «labor intensiva», dedicadas en la actualidad a cultivos herbáceos de secano (Ministerio de Agricultura, 1979). El mapa de dispersión (Fig. 2), permite comprobar cómo sólo los yacimientos más próximos al río podrían seguir utilizando habitualmente los pastos verdes, mientras que el resto, estarían obligados a utilizar pastos mucho más pobres y a practicar una agricultura de cultivos con menos necesidad de agua o favorecidos por una infraestructura hidráulica.

La ausencia de análisis polínicos nos impide conocer cuáles fueron exactamente las especies cultivadas, por el contrario, conocemos, a través de los restos óseos del yacimiento de

San Antonio, las especies faunísticas aprovechadas por este grupo. Aunque la muestra es pequeña y los datos que aporta no pueden ser tomados como definitivos, ya que es muy posible que existan determinadas variables entre los distintos tipos de asentamientos, sin embargo, resulta de interés su comparación con los análisis faunísticos obtenidos en yacimientos del Horizonte Cogotas I. De esta comparación podemos destacar los siguientes datos:

- a) El mayor volumen que representan, en este momento, las especies domésticas, frente a las salvajes y, más concretamente, frente al ciervo, principal especie cinegética, ya que mientras en los yacimientos del Horizonte Cogotas I esta especie de caza mayor supone entre el 20 y el 15 %, en San Antonio alcanza sólo el 4 %.
- b) El cambio cuantitativo que se produce entre las distintas especies estabuladas, al incrementarse los ovicápridos de un 30 a un 50 % y descender los bóvidos de un 12 a un 4 %. Tanto este hecho, como la reducción del ciervo podrían tener su causa en la mayor distancia del Cerro de San Antonio, que los asentamientos Cogotas I, de las zonas de praderas naturales, con abundantes pastos frescos durante la mayor parte del año.
- c) La presencia de cerdo con una incidencia en torno al 8,5 %, frente a su escasa o nula representación en las muestras faunísticas del horizonte anterior, circunstancia que podría explicarse por la mayor estabilidad alcanzada en este momento, al ser ésta una especie poco apta para desplazamientos reiterados o largos.
- d) La existencia de un resto de oso pardo, especie atestiguada en otros yacimientos del mismo horizonte próximos al sistema Ibérico como La Muela de Alarilla (Guadalajara), Ucero y el Castillejo de Fuensauco (Soria). La presencia de oso pardo en un hábitat del bajo Manzanares habría que entenderla como un indicio de que sus habitantes utilizarían una amplia zona de explotación de recursos, en la que habría que incluir la Sierra, cuyo interés pudo estar determinado por el beneficio de recursos mineros.
- c) La presencia de ave, lagarto, liebre y conejo puede deberse a la práctica de una caza menor, y obtención de especies mansas, actividades que posiblemente no tuvieron importancia primordial en la economía del momento.

Junto a estos datos de actividades de carácter primario, hay que pensar en la existencia de otras actividades relacionadas con el comercio y la industria. Concretamente, el impacto que los pueblos colonizadores parecen reflejar en los ajuares muebles, hace pensar en la existencia de unos contactos importantes y continuos con las poblaciones costeras, con un probable significado comercial, del que desconocemos cuáles pudieron ser los productos básicos intercambiados, aunque no es difícil suponer que, en parte, estarían ligados a los intereses mineros.

La actividad artesanal más palpable se centra en la fabricación de cerámicas y elementos metálicos, así como de algunos complementos líticos, productos que serán objeto de un análisis pormenorizado al hablar de los materiales muebles.

3. El problema de los enterramientos

Hasta el momento sólo uno de los hallazgos, enmarcados en el horizonte que estudiamos, parece corresponder a un posible enterramiento. Se trata de unas urnas que contenían en su interior cenizas y pequeños huesos calcinados y que estaban asociadas a pequeños vasitos de ofrenda y a un brazalete de oro (Fig. 4), las cuales fueron localizadas en La Torrecilla (PRIEGO y QUERO, 1978). Por las características de los recipientes se encuadran bien dentro de la Primera Edad del Hierro, aunque es posible que se trate de un conjunto perteneciente ya al siglo VI, o inicios del V, debido a la morfología evolucionada de las urnas.

La ausencia de otros conjuntos nos impide conocer si estos grupos habían incorporado ya las prácticas funerarias de los Campos de Urnas, o estamos ante gentes que van asimilando estos usos en un momento evolucionado del horizonte que estudiamos. Sea cual sea el rito funerario estos grupos, la escasez de enterramientos frente a la abundancia de hábitats hace pensar en la posibilidad de que, al igual que los grupos Cogotas I, el enterramiento pudo no estar generalizado para el conjunto de la población, e incluso afectar a un sector muy limitado de la misma.

4. Los restos materiales muebles

a) *La cerámica*

Como es habitual en los yacimientos de la Prehistoria reciente, constituye el lote de material mueble más abundante y, por tanto, el que mejor puede reflejar el entorno cultural y las relaciones con otros círculos. Los diferentes yacimientos conocidos han proporcionado lotes relativamente semejantes entre sí, lo que nos permite pensar que nos encontramos ante grupos de filiación cultural similar. Por otra parte, estas cerámicas, aun conservando algunos rasgos que nos invitan a relacionarlas con las del Horizonte Cogotas I, desarrollado en estas mismas tierras en un momento inmediatamente anterior, presentan también muchos elementos que implican la incorporación de nuevas corrientes.

Esta asimilación de otras modas alfareras debió de producirse con una cierta rapidez y de manera relativamente súbita ya que no se ha encontrado ningún yacimiento en el que los fósiles cerámicos de Cogotas I coexistan con los propios de la Primera Edad del Hierro, salvo en el Cerro Ecce Homo, donde ambos tipos conviven dentro de algunas subestructuras sin que sepamos si ello se debe a reutilizaciones de algunas unidades arquitectónicas, o a una verdadera coexistencia, en un período temporal concreto, de elementos de ambos horizontes.

Los conjuntos vasculares están integrados habitualmente, por dos series bien distintas, una de recipientes comunes y otra, de recipientes finos. A pesar de que los ejemplares comunes normalmente no suelen ser muy significativos para una adscripción cultural precisa, en este caso nos encontramos con la existencia de una serie de rasgos que permiten aislarlos de otros horizontes culturales.

Uno de los aspectos más novedosos es el tratamiento que reciben parte de las superficies externas de algunos de los recipientes más grandes y toscos. Se trata de un cepillado o escobi-

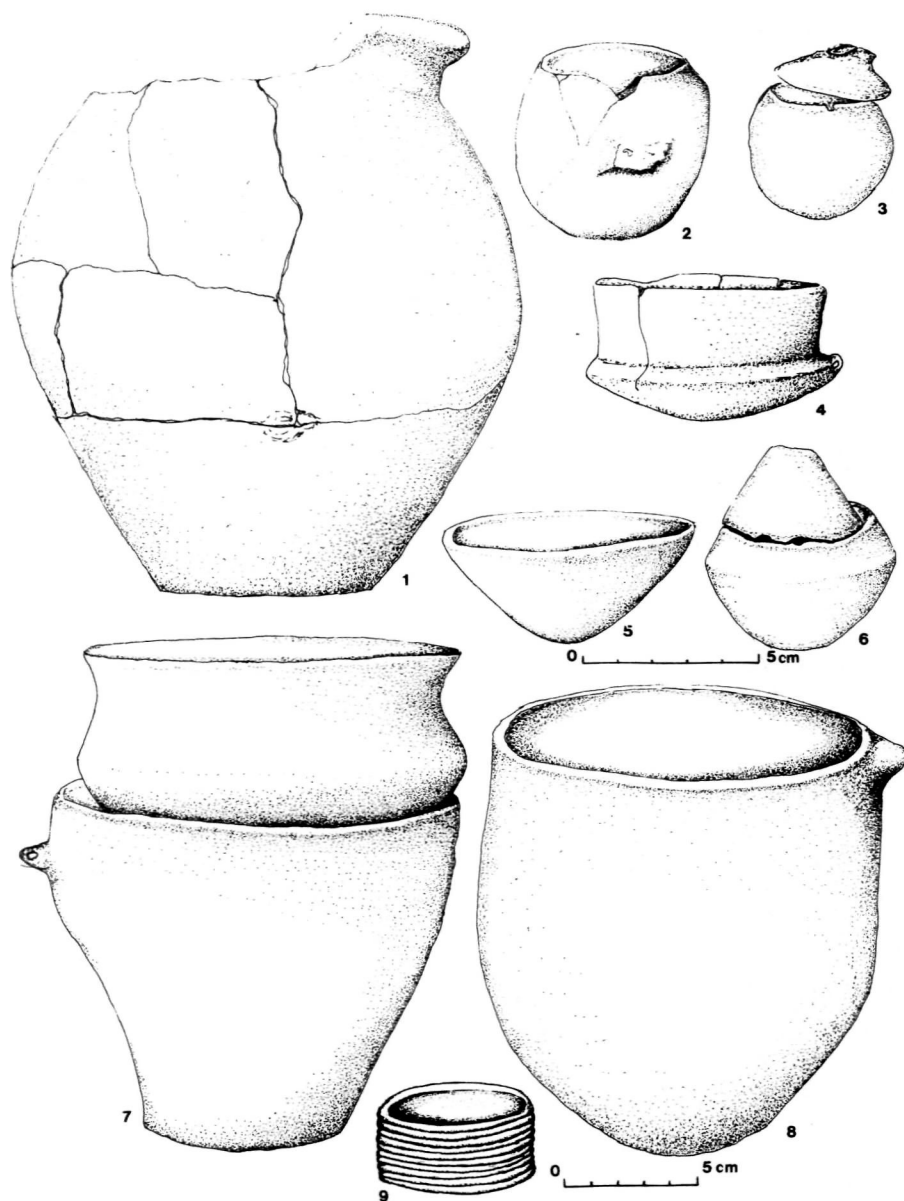


FIG. 4. — Núms. 1 al 9, conjunto de material cerámico y brazalete de oro del yacimiento de la Torre-cilla, Getafe, según Priego y Quero (1978). Dibujos a partir de fotografías.

llado realizado con púas o cerdas más o menos flexibles y que se aplican en diferentes direcciones, creando grupos de líneas entrecruzadas sin una disposición ordenada. Este tratamiento lo encontramos en la casi totalidad de los yacimientos conocidos (Figs. 5, n.º 3 y 4; 8, n.º 7 y 15, n.º 17) por lo que constituye uno de los rasgos definitorios de este horizonte que, por otra parte, no tiene otro antecedente en esta región que algunos escobillados restringidos a zonas muy concretas de recipientes comunes del Horizonte Cogotas I.

Este tratamiento es también frecuente en otros círculos peninsulares coetáneos. Concretamente es característico en muchos ejemplares del Bronce orientalizable del suroeste y, por su asociación a otras variedades cerámicas, Almagro lo fecha entre los siglos VIII y VI, desapareciendo, según este autor, con la penetración del influjo orientalizable que introduce el torno (ALMAGRO GORBEA, 1977, pp. 134 a 136). En el Alto Ebro se han reconocido tanto en Alava (LLANOS y otros, 1975), como en Navarra y La Rioja (CASTIELLA, 1977), en un ambiente de Campos de Urnas, con una cronología similar a la del Bronce del suroeste.

También se encuentran en algunos yacimientos del occidente de la Meseta Norte con niveles de la Primera Edad del Hierro, como es el caso de Sanchorreja (MALUQUER, 1958, p. 48) y en algunos castros zamoranos (ESPARZA, 1986, p. 328). Sin embargo, hasta el momento, este rasgo es infrecuente en yacimientos coetáneos de un entorno próximo a Madrid, como son los asentamientos «tipo Riosalido» de la provincia de Guadalajara, aunque se ha identificado en Alovera (ESPINOSA y CRESPO, 1988, Fig. 47) y falta, de momento, en los yacimientos conquenses (MENA, 1984). Tampoco este acabado ha sido identificado en el sudeste, una región con la que la zona de Madrid parece tener un considerable volumen de relaciones. El panorama esbozado nos lleva a considerar que estamos ante un tratamiento que en algunos círculos del Primer Hierro, sustituye el papel que en otras áreas culturales de similar cronología desempeñan las superficies rugosas.

El cepillado y las superficies rugosas son rasgos típicos de muchas cerámicas comunes del Hierro I peninsular y extrapeninsular, pero no resulta fácil determinar qué región o regiones han influido de forma más directa sobre nuestra área de estudio, en favor de la adopción de este tipo de acabados que es uno de los rasgos guía más claros de los conjuntos vasculares del momento.

Muy relacionada con el acabado a cepillo es la decoración de impresiones digitales y ungulaciones aplicadas directamente sobre la boca, el cuello o la panza de la vasija ya que en muchas ocasiones esta ornamentación crea una línea o banda que separa el tratamiento a cepillo y el simple alisado de la superficie externa. Esta práctica ornamental la encontramos en las mismas áreas culturales en las que se practica el cepillado, siendo particularmente frecuente en el sudoeste peninsular, hasta tal punto que algunos investigadores (ALMAELA, 1986) la han considerado como un rasgo típico del Bronce orientalizable del suroeste peninsular área donde, sin duda, tiene una especial implantación. Pero no falta tampoco en los conjuntos vasculares de otras áreas culturales peninsulares de este mismo momento (CASTIELLA, 1977) e incluso en yacimientos extrapeninsulares de Europa occidental fechados en los siglos VII-VI antes de Cristo. (ARCELIN y BREMON, 1976).

En Madrid el cepillado con o sin decoración de impresiones digitales y ungulaciones lo encontramos en Cerro de San Antonio, Puente I de la Aldehuela, Cerro de Ecce Homo, Sec-

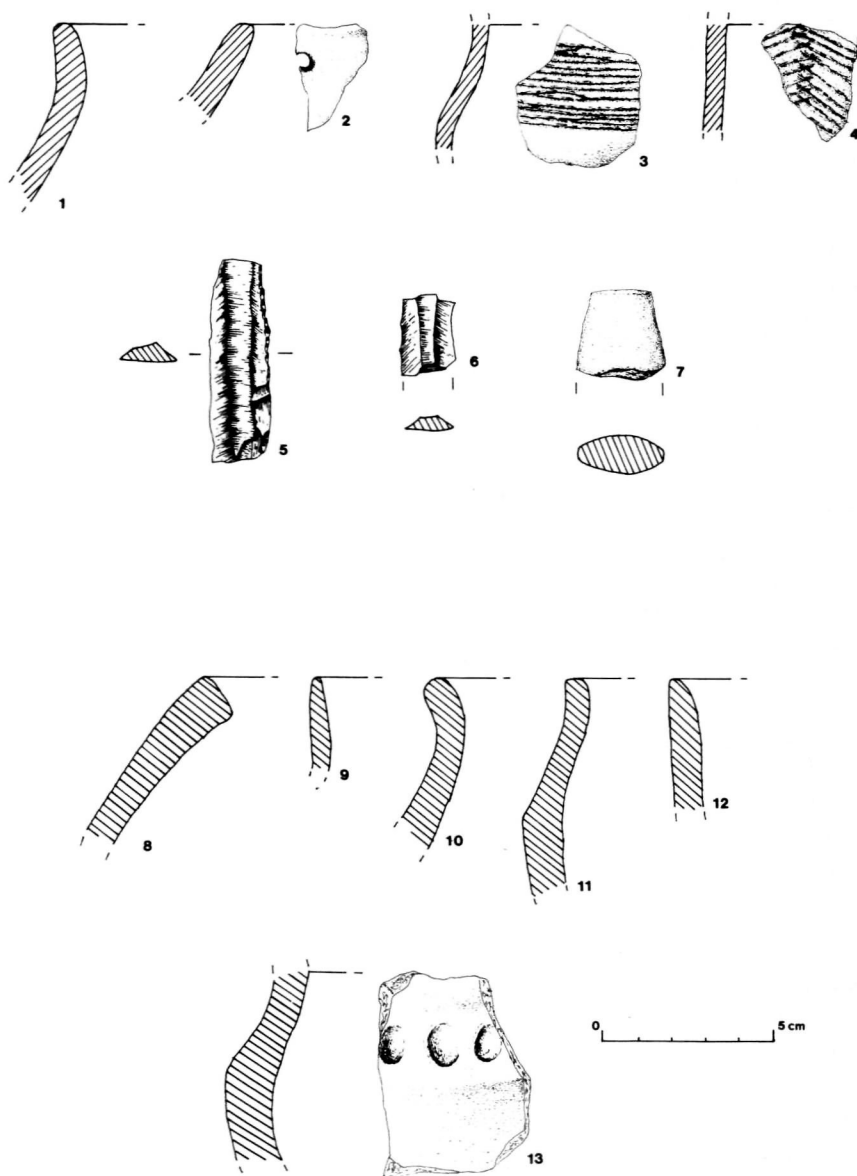


FIG. 5. — Núms. 1 al 7, yacimiento de la Boyeriza II, San Martín de la Vega, material cerámico y lítico recogido en prospección, 3 y 4, fragmentos cerámicos con las superficies cepilladas; núms. 8 al 13, material cerámico prodente de prospección, yacimiento de la Finca de los Angeles, San Martín de la Vega.

tor III de Getafe, El Torrejón, Venta de la Victoria, La Zorrera, Arenero de Salmedina, y Boyeriza II (figs. 5, 3 y 4 y 14, 7) y es muy posible que en los lugares en los que no se ha documentado lo sea a causa de la pequeña muestra de materiales conocidos ya que, a excepción de La Torrecilla, que parece tener más carácter de necrópolis que de hábitat, el tratamiento y ornamentación que comentamos han sido identificados en todos los yacimientos excavados. Por ello consideramos que estamos ante rasgos que identifican y definen, de manera concluyente, los materiales del Hierro I en esta región más occidental del Alto Tajo, diferenciándola de áreas limítrofes como es el Valle del Henares, a su paso por Guadalajara (VALIENTE, CRESPO y ESPINOSA, 1986) o la provincia de Cuenca donde, hasta el momento, son raros los materiales con estos acabados.

Otro acabado de superficie que, a diferencia del cepillado, empleado sólo en ejemplares comunes, lo encontramos indistintamente aplicado a recipientes finos y más toscos es el recubrimiento de almagra, que consiste en aplicar una película de color rojo más o menos intenso obtenido con hematites diluido. En general, en los recipientes comunes este engobe no es de buena calidad y, con frecuencia, queda mal adherido a la superficie del vaso, siendo habitual que sólo recubra la cara externa. En los ejemplares más finos lo encontramos creando una película homogénea que suele recubrir ambas caras, aunque es frecuente que produzca tensiones y salte arrastrando parte de la arcilla.

Estamos ante un acabado ya empleado en algunos círculos del Neolítico peninsular, aunque no es posible acudir a tiempos tan pretéritos para buscar su precedente ya que parece lógico pensar que nos encontremos ante un intento, por parte de los grupos indígenas, de imitar la calidad de las producciones de barniz rojo, típicas de los alfares fenicios que, en estos momentos, empiezan a llegar a la Península. Hasta la identificación de estos acabados en los conjuntos de Hierro I madrileño, el tratamiento era característico de yacimientos del sureste peninsular encuadrados en este mismo horizonte (GONZÁLEZ PRATS, A., 1983, p. 121), apareciendo también en algunos conjuntos de otras regiones meridionales, como Cástulo (BLÁZQUEZ y VALIENTE, 1981, p. 225) o Medellín. Esto se explicaría por ser las zonas que tuvieron un contacto más directo e intenso con los colonizadores y, por tanto, tuvieron más acceso a sus producciones. Sin embargo, no parece tan lógico el éxito que este acabado alcanza en esta zona del interior, ya que su presencia está detectada en todos los hábitats excavados (Ecce Homo, San Antonio, Sector III de Getafe y Puente I) (Fig. 6, n.º 8 y 9), así como en dos de los yacimientos reconocidos en prospección: Arenero de Salmedina y Venta de la Victoria, lo que permite suponer que puede ser habitual en la mayoría de los conjuntos.

La ausencia de esta técnica de acabado en otros círculos culturales del Hierro I del interior y norte peninsular, vincula a los grupos de nuestra región, de forma clara, con las gentes establecidas en las costas meridionales, una vinculación que en realidad viene a continuar una tradición que parece arrancar desde el Neolítico. Por otra parte, no está tampoco presente en los conjuntos vasculares de los yacimientos de este mismo horizonte, ubicados en el alto y medio Henares, en la provincia de Guadalajara, hecho que permite marcar un nuevo factor de diferenciación cultural entre los grupos establecidos en estos valles contiguos. El dato resulta más chocante si tenemos en cuenta que, desde la cabecera del Manzanares y, posiblemente también del Jarama, este acabado debió de ser conocido por algunos grupos

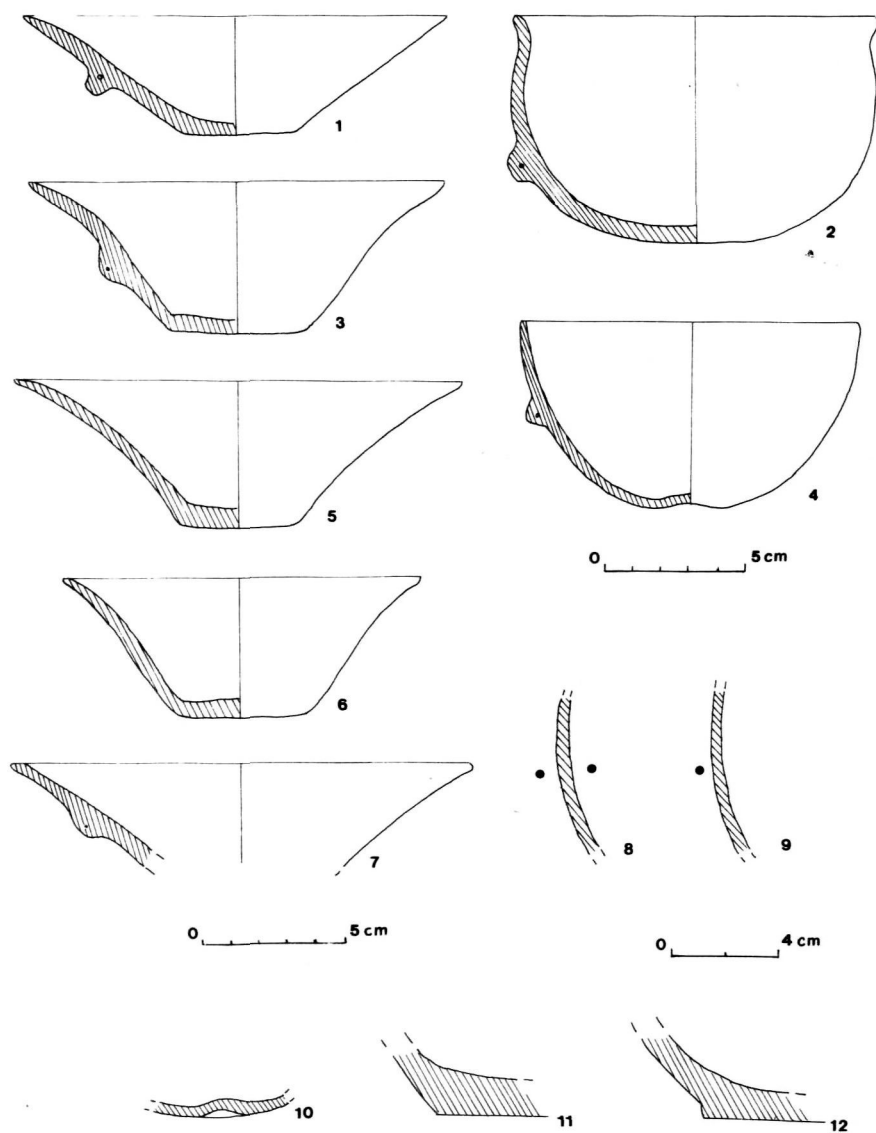


FIG. 6. — Núms. 1 al 12, diferentes tipos de formas cerámicas de Ecce Homo, Alcalá de Henares, según Almagro, y Fdez.-Galiano (1980); los números 8 y 9 corresponden a fragmentos cerámicos con decoración a la almagra, (el • indica la superficie del vaso tratada con ésta técnica decorativa).

segovianos quienes lo incorporan a algunas de sus producciones, ya que ha sido reconocido en Cerro de Tormejón, así como en algunos yacimientos recientemente prospectados. Desgraciadamente, no estamos todavía en condiciones de saber si este rasgo está presente en otras producciones cerámicas de la Meseta Norte, encuadradas en el Horizonte Soto I.

Dentro del capítulo de los acabados queda referirse al grafitado que, normalmente se aplica exclusivamente a las series más finas. Se trata de recubrir parte o toda la superficie de una o de las dos caras del recipiente con una película negra de aspecto metálico conseguida a base de grafito. La técnica es empleada con cierta profusión por diversos grupos de la Europa continental pertenecientes al Bronce Final y I Edad del Hierro, alcanzando su florit en esta segunda etapa, y más concretamente entre mediados del siglo VI y mediados del V, dentro del Hallstatt D (WERNER, S., 1987, t. II, p. 39). En la zona que nos ocupa, la utilización de esta técnica no parece haber gozado de mucha popularidad ya que, hasta el momento, sólo se ha reconocido en un pequeño plato del Cerro de San Antonio (BLASCO, LUCAS y ALONSO, 1985) y en un fragmento del yacimiento del Arroyo Culebro.

La relativa escasez de cerámica grafitada en los yacimientos que nos ocupan vuelve a marcar una cierta originalidad en estos conjuntos con respecto a otros sincrónicos ubicados en regiones geográficas próximas como son las actuales provincias de Guadalajara y Cuenca (SÁNCHEZ CAPILLA, en prensa), donde este acabado suele ser bastante habitual. Otras áreas culturales del primer Hierro peninsular donde esta fórmula de acabado para recipientes finos es también frecuente son el Alto Ebro (SÁENZ DE URTURI, 1983) y la Alta Andalucía (BLÁZQUEZ y VALIENTE, 1980), zonas distantes geográficamente y distintas por su filiación cultural ya que mientras la primera se vincula a los grupos continentales del suroeste francés, la segunda refleja un ambiente mediterráneo. Esta situación indicaría que nos encontramos ante una moda que, por vías y situaciones diferentes, se incorpora a círculos muy distintos, en cuyo territorio hay la posibilidad de obtener grafito por la existencia de yacimientos o por la vía de contactos comerciales, pues no podemos descartar que este mineral fuera, como en Europa continental, uno de los productos de intercambio más importante durante el primer cuarto del primer milenio.

De todas formas esta hipótesis no justificaría el que regiones tan próximas, como son las cuencas del Henares y Manzanares, registren esta diferencia, a no ser que las cuencas altas de estos ríos actúen como vías de paso, de obligada utilización, hacia regiones geográficas y culturales bien diferenciadas, como son el Valle del Ebro, en el caso del Henares, y la Meseta Norte en el caso del Jarama y Manzanares.

Otro aspecto que resulta de extraordinario interés para conocer el marco de relaciones en que se desenvuelve nuestra área de estudio son las técnicas y motivos decorativos de los conjuntos vasculares que presentan características muy distintas en los recipientes toscos y en los más finos. Concretamente, los ejemplares comunes, como ya se apuntó más arriba, suelen presentar únicamente digitaciones, ungulaciones u otro tipo de impresiones, realizadas directamente sobre la superficie del vaso (Figs. 5, 8; 12, 4 y 13, 10 y 15). Se trata de una decoración aplicada a muchos de los recipientes comunes de la mayor parte de los círculos culturales de la Primera Edad del Hierro peninsular, pues aunque algunos autores quisieron ver en esta ornamentación un rasgo propio del Bronce Final del suroeste, es evidente

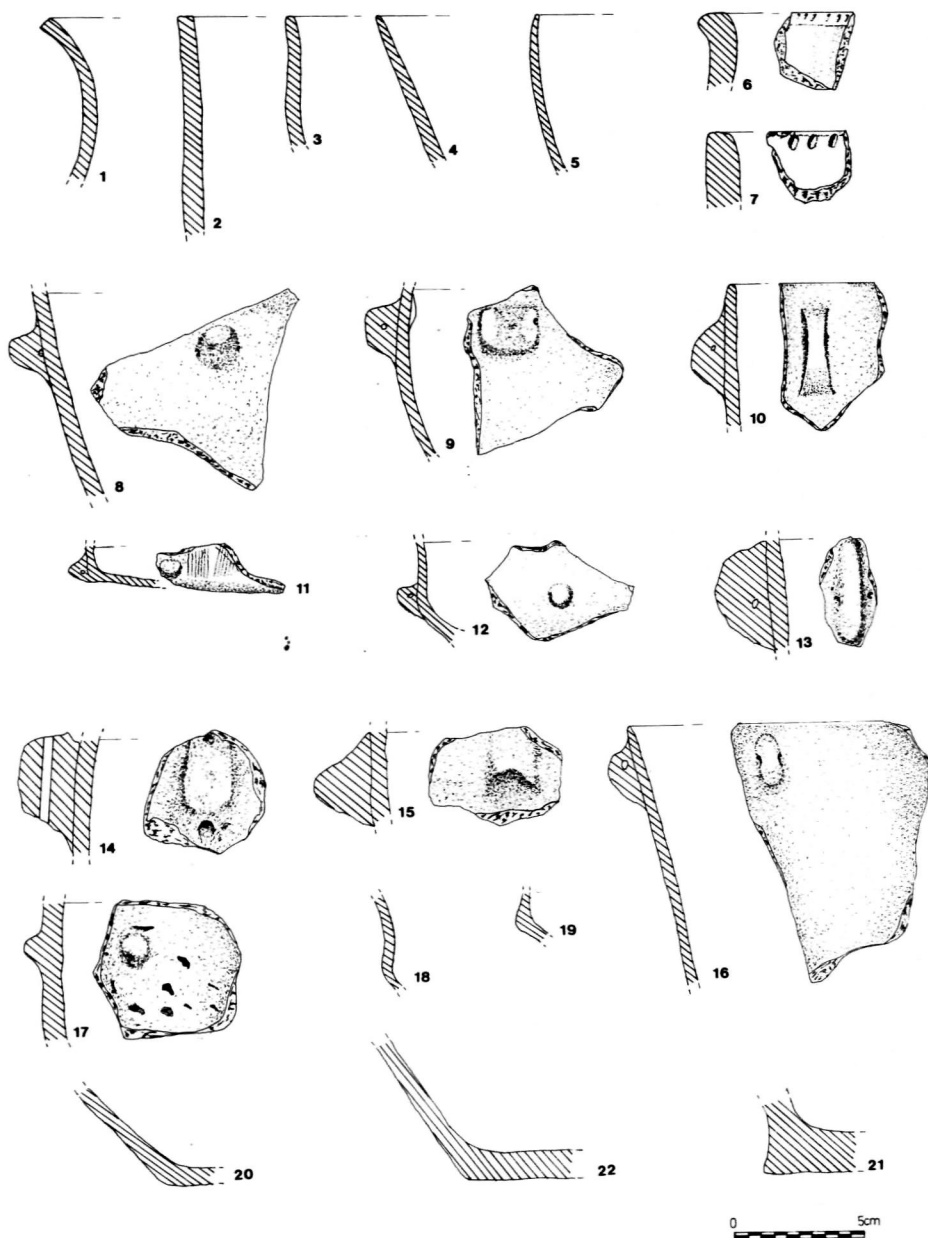


FIG. 7. — Núms. 1 al 22, conjunto de materiales cerámicos del yacimiento de la Aldehuela, Getafe, según Valiente y Rubio (1982).

que lo encontramos tanto en el Valle del Ebro, como en la Meseta Norte o en las restantes regiones meridionales. Otra decoración que encontramos en algunos recipientes comunes son las incisiones profundas (Fig. 12, 2), realizadas con el barro todavía tierno y que, habitualmente cubren una superficie relativamente amplia, creando un entramado de retícula. Esta ornamentación se aplica tanto en la superficie externa como en la cara interna de recipientes abiertos o incluso en las bases. Es mucho menos frecuente que las impresiones y a veces se aplica en objetos cerámicos excepcionales por su escasez, como son posibles soportes, caso que encontramos en los yacimientos de Cerro San Antonio y Pinto. Estos reticulados parecen reproducir a veces, los que se aplican en piezas finas, con incisiones apenas perceptibles y que dan la sensación de ser una réplica de las reticuladas bruñidas del suroeste.

Mucho más variadas y expresivas resultan las decoraciones aplicadas a los recipientes finos, tanto por el número de técnicas utilizadas, como por las variantes de diseños desarrollados. Atendiendo a la frecuencia de su empleo destaca la incisión (Fig. 7, n.º 11; 8, n.º 1, 4, 8 y 19; 10, n.º 6 y 7 y 14, n.º 2, 3 y 10), técnica que también en el horizonte Cogotas I era la más habitual, al combinarse con otros sistemas, aunque ahora suele emplearse como técnica ornamental exclusiva y, excepcionalmente, combinada con pintura blanca y/o roja. Por otra parte, mientras que en el Horizonte Cogotas I la incisión y las técnicas que se combinan con ella, crean frisos corridos, en este momento desarrollan, tanto bandas continuas como franjas metopadas en las que se inscriben distintos temas. Todos los motivos conocidos hasta el momento son geométricos rectilíneos, entre ellos destacan los triángulos con distinto tipo de entramado, la doble hacha, los ajedrezados, los haces de líneas, los reticulados, etc.

Tanto los motivos como su sintaxis compositiva en frisos metopados corresponden a modas habituales en el Hallstatt C y D europeo, identificado con la primera Edad del Hierro continental (WERNER, 1984), esta moda centroeuropea podría derivar del geométrico griego que había desarrollado, en el área del Egeo, estos mismos temas y sintaxis compositivas, durante las dos centurias inmediatamente anteriores.

En la región de Madrid el yacimiento que ha proporcionado, hasta el momento, una mayor riqueza ornamental es Cerro San Antonio, aunque en parte es debido a que también es el conjunto que ha brindado el lote cerámico más importante numéricamente. En el resto de yacimientos la incisión suele estar presente para ornamentar las piezas más delicadas por su tamaño y factura y, normalmente, reproduce temas muy simples como dientes de lobo, o reticulados, aunque en la mayoría de los ejemplares que presentan esta decoración, suelen combinarse varios motivos.

La incisión, como en el resto de Europa, resulta habitual en otros círculos del primer hierro peninsular, como son el Valle del Ebro, (RUIZ ZAPATERO, 1985, p. 791 y ss.) o el sudeste (GONZÁLEZ PRATS, 1983, p. 106 y ss.), no faltando tampoco en la Meseta norte, dentro del llamado Horizonte Soto de Medinilla (ROMERO, 1985, p. 89) o en los castros portugueses. En cambio, la cerámica incisa resultaba mucho menos conocida en el marco de la Submeseta sur, sin embargo, en estos momentos está ya atestiguada tanto en el corredor del Henares (ESPINOSA y CRESPO, 1988, pp. 248-249) y otros puntos de Guadalajara (MARTÍNEZ SASTRE y ARENAS, 1988) como en diversos yacimientos de las provincias de Cuenca (MARTÍNEZ GONZÁLEZ y MARTÍNEZ NAVARRETE, 1988) o de Ciudad Real (RUIZ ZAPATERO y LO-

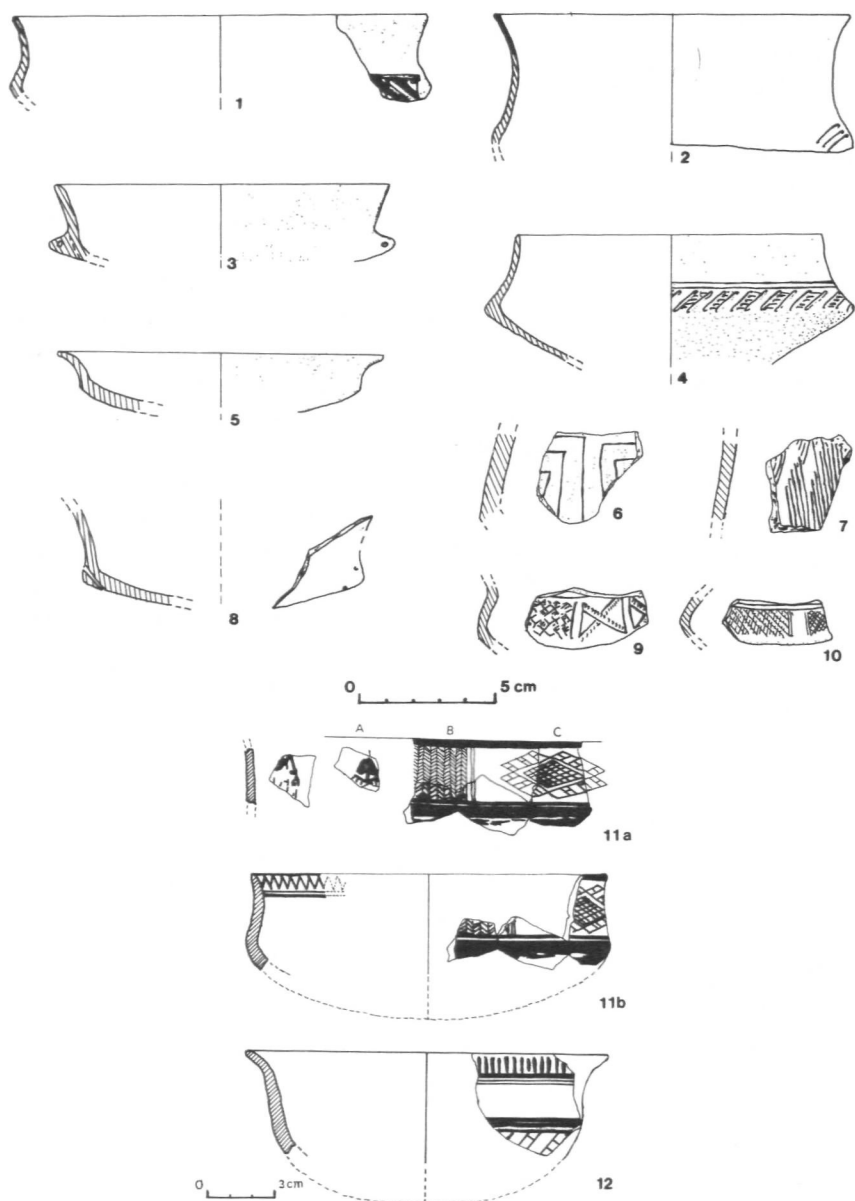


FIG. 8. — Núms. 1 al 12, diferentes tipos de material cerámico del yacimiento del Cerro de San Antonio, Madrid; núms. 1 al 10, según Blasco, Lucas y Alonso (1985); 11, según Lucas y Alonso (1989); 12, según Blasco, Lucas y Alonso (1989).

RRIO, 1988), por lo que en estos momentos puede ser considerada ya como un rasgo típico del Primer Hierro en estas tierras del interior.

Conviene destacar también que, a diferencia de otras áreas, e incluso de regiones geográficas próximas, como el corredor del Henares, falta, hasta el momento, la técnica de la excisión que en numerosos yacimientos del Hierro I peninsular suele acompañar a la incisión. Esta hecho resulta más significativo si tenemos en cuenta que en esta región de Madrid había una tradición de la técnica excisa durante el Horizonte Cogotas I.

Otro sistema ornamental típico del horizonte que comentamos y que está presente en varios de los yacimientos madrileños que estudiamos es la pintura postcocción que aparece como única técnica decorativa o como complemento de la incisión. Hasta el momento la pintura postcocción la hemos encontrado en Cerro San Antonio (LUCAS y ALONSO, 1989), Arenero de la Aldehuela (VALIENTE, 1973), Perales de Tajuña (CASAS y VALBUENA, 1985), Arroyo Culebro y Pinto (Figs. 8, n.º 2, 10 y 11; y 9), y en una proporción muy alta si tenemos en cuenta el escaso volumen de materiales conocidos y la mala conservación de estos colorantes. Como en otras áreas, esta pintura se aplica en forma de una capa homogénea que sirve de base a la decoración, pintada en otros colores, o bien, se diseñan con ella los motivos ornamentales directamente sobre la superficie negra de la vasija.

Por la forma de los recipientes en los que aparece esta técnica decorativa, así como por la temática y colores, los paralelos más próximos los encontramos en yacimientos próximos de la propia área oriental de la Meseta, como Riosalido (FERNÁNDEZ GALIANO, 1979), y en el sudeste, (ARRIBAS y otros, 1974) región con la que los paralelos, durante el Primer Hierro, son especialmente significativos. Estos paralelos se hacen todavía más próximos si tenemos en cuenta que también en ambas regiones encontramos la utilización de pigmentos como incrustación en el interior de los surcos creados por la incisión.

La temática desarrollada es similar a la realizada con incisión, dominando los motivos geométricos rectilíneos, a menudo, separados en metopas. Entre los diseños destaca una estilización humana, realizada en uno de los vasos pintados del Cerro San Antonio (LUCAS y ALONSO, 1989) (Fig. 8, n.º 11), la existencia de esta esquematización vuelve a establecer paralelos entre esta área y el sudeste, donde han aparecido, al menos dos ejemplares pintados con estilizaciones humanas en las provincias de Jaén y Murcia, (ROS, 1989). Estas estilizaciones las encontramos también con relativa frecuencia en yacimientos meridionales franceses encuadrados en la Primera Edad del Hierro como son la Grotte Basse de Vidauque, la Cayla de Mailhac, Camp Allaric, o Quéroy, aunque en todos estos casos son decoraciones realizadas con técnica de incisión (TAFFANEL, O. y J. 1985, 1.ª part. p. 64 y 3.ª part. p. 135 y PAUTREAU, J. P. 1984, p. 236).

Fuera de nuestro territorio peninsular, la decoración con pintura postcocción, tiene un importante desarrollo entre diferentes grupos continentales enmarcados en el Hallstatt C y D, donde también se asocia a otras técnicas desarrolladas en nuestra área de estudio como son el grafitado o la incisión (WERNER, 1987, tomo II). En estos círculos de la Europa templada encontramos además, los mismos temas y sintaxis compositivas, en franjas metopadas, así como la utilización de colores idénticos a los de nuestro ámbito de estudio: rojo, amarillo y blanco. A pesar de estos paralelos no se puede olvidar la semejanza que, muchos de los

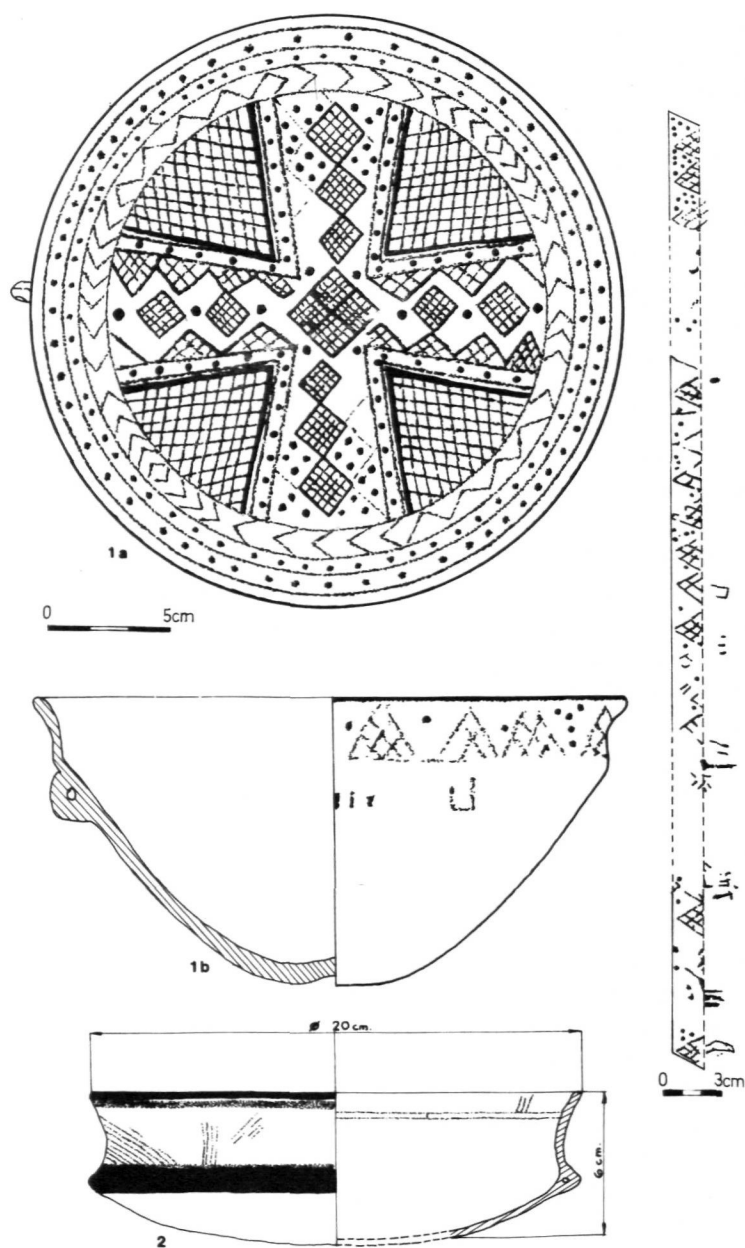


FIG. 9. — Núm. 1, vaso pintado post-cocción de Perales de Tajuña, según Casa y Valbuena (1985);
 núm. 2, vaso pintado de la Aldehuela, Getafe, según Valiente (1973).

temas desarrollados, presentan con los motivos generalizados por el horizonte geométrico griego, que sin duda creó una moda aceptada y adaptada en la mayor parte de los círculos culturales del Primer Hierro en Europa.

Menos frecuente que la incisión y la pintura es el acanalado, ya que hasta el momento sólo se ha identificado en Cerro de San Antonio (Fig. 8, n.º 6), Pinto y Puente I (Fig. 11, n.º 2 y 5) con dicha técnica se crean grecas rectilíneas similares a las que encontramos entre algunos grupos de los Campos de Urnas del NE de la Península (PONS, 1984, p. 311), del Languedoc (TAFFANEL, 1955, p. 152) o incluso reticulados que, en alguna ocasión ornamentan el interior de algunos platos, a veces, estos reticulados son de escasísima penetración y recuerdan bastante a la retícula bruñida característica del suroeste, no quedando descartada la posibilidad de que estemos ante una imitación.

Las formas

Tanto la morfología como determinados elementos formales constituyen otro aspecto de interés para la obtención de paralelos que permitan atisbar las relaciones culturales, así como una aproximación cronológica.

En los yacimientos donde poseemos una muestra más amplia de cerámicas, es posible diferenciar dos grandes apartados formales, uno de morfologías más simples que responde a una tradición que puede remontarse hasta los primeros períodos alfareros y dentro del cual tenemos que incluir los recipientes troncocónicos y en casquete esférico así como los de tendencia ovoide, y un segundo lote en el que se inscriben las vasijas con morfologías algo más complejas que son las que presentan algunos rasgos específicos del momento combinados, a veces, con características propias del horizonte previo. Dentro de este segundo apartado tenemos que distinguir otros dos conjuntos, el correspondiente a recipientes comunes y el propio de los ejemplares más cuidados. Los primeros se caracterizan por presentar cuellos de embudo relativamente desarrollados (Fig. 14, n.º 1, 3 y 6) que suponen una novedad entre los conjuntos vasculares de cocina y almacenamiento pertenecientes a momentos inmediatamente anteriores y entre los cuales sólo encontramos formas simples de tendencia ovoide. En contraposición, estas piezas de cuellos desarrollados son habituales en otros círculos culturales del Primer Hierro peninsular (ALMAGRO, 1977; CASTIELLA, 1977; MENA, 1984) y suelen corresponder a recipientes de cuerpo ovoide o bitroncocónico con la carena más o menos acusada. Aunque en los yacimientos que estudiamos no hemos podido reconstruir ningún ejemplar completo de este tipo, los fragmentos de galbo recuperados nos invitan a pensar en un claro predominio de perfiles suaves, de tendencia ovoide, sin líneas de carenas marcadas. En este lote son frecuentes los cepillados que afectan exclusivamente a cuello o a cuerpo, quedando separadas ambas partes por una banda de impresiones digitales o ungulaciones.

Entre las formas específicas de recipientes finos resultan significativas las pequeñas cazuelitas de cuello más o menos desarrollado y galbo muy marcado, con base umbilicada. Estas piezas presentan morfología y proporciones similares a las de muchos yacimientos de este horizonte del sudeste y se encuentran también en los yacimientos sincrónicos de la cuenca del Henares, a los que nos hemos referido en reiteradas ocasiones, así como en el Horizonte

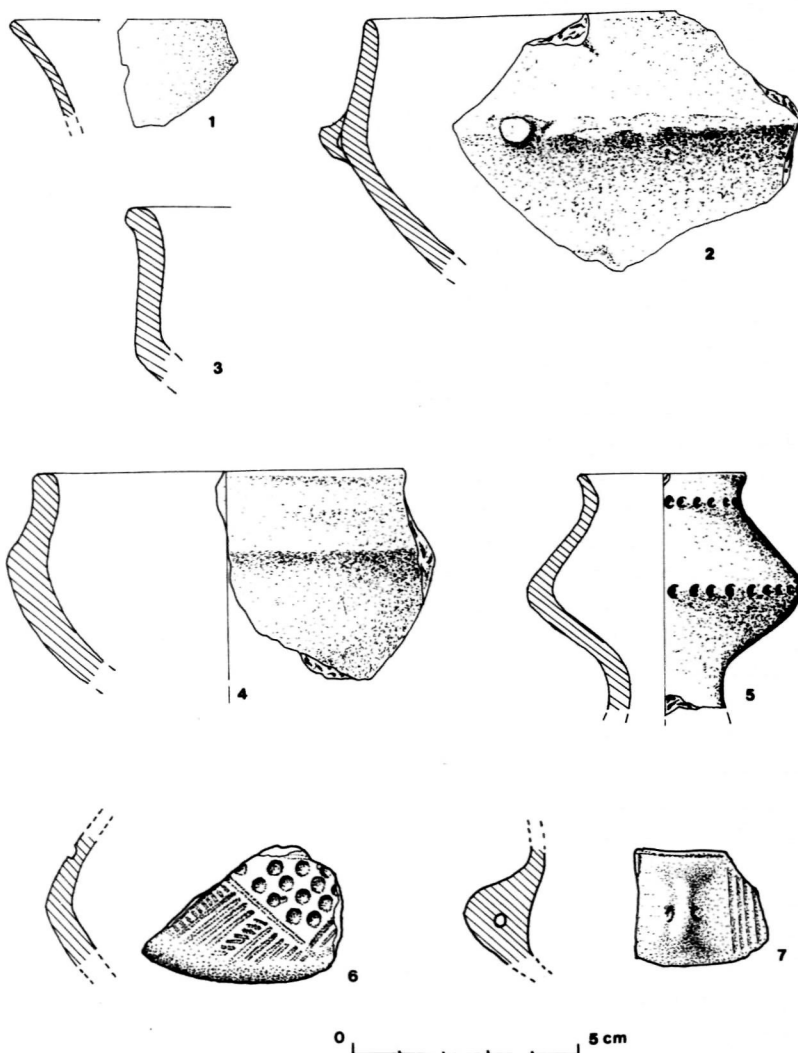


FIG.10. — Núms. 1 al 7, conjunto de material cerámico procedente de la prospección en el yacimiento del Arroyo Culebro, Getafe.

Soto I de la Meseta norte (ROMERO, 1980), sin embargo, en el Valle del Ebro, aunque no faltan recipientes similares, son más frecuentes los vasos de mayor altura y perfil carenado con la arista marcada (RUIZ ZAPATERO, 1985) en lugar del galbo bulboso típico de estas otras regiones del interior y del sudeste peninsular.

Además de los referidos perfiles encontramos otros rasgos típicos de este momento como son los sistemas de aprehensión y suspensión a base de pequeños pezones perforados longitudinal y transversalmente (Fig. 7), que no faltan en ninguno de los conjuntos vasculares peninsulares de este horizonte cronológico. Más raras son las lengüetas horizontales y verticales de algunos ejemplares del Cerro de San Antonio, y Puente I (Fig. II, n.º 6), cuyos paralelos los encontramos nuevamente en el nivel I de Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1983, p. 70). Estos apéndices son especialmente variados y frecuentes en el Primer Hierro de Italia (BAR-TOLONI y otros, 1980).

Otro aspecto formal que presenta rasgos específicos de este horizonte, son los pies que, en los yacimientos que estudiamos, responden a tres modalidades diferentes:

1. Bases planas de talón más o menos acusado. Son las más frecuentes y, por las características de sus pastas y grosor de las paredes, parecen corresponder a ejemplares comunes, de tamaño medio o grande (Figs. 6, n.º 12 y 7, n.º 21). Su existencia se constata en todos los círculos culturales peninsulares de este momento y sustituyen a las bases aplanadas, sin apenas diferenciación de la parte baja del galbo que poseían los conjuntos vasculares comunes del horizonte Cogotas I.
2. Pies altos más o menos desarrollados (Fig. 11, n.º 15), muy típicos de muchos grupos de Campos de Urnas tardíos. En nuestra área, resultan bastante menos frecuentes que en otros círculos culturales peninsulares sincrónicos, como, por ejemplo, el Valle del Ebro.
3. Bases umbilicadas (Fig. 6, n.º 10), aplicadas a los recipientes más finos y de menor tamaño, circunstancia que se repite en la mayor parte de los yacimientos del mismo horizonte cronológico, contrastando con la facies Cogotas I en la que los ejemplares más cuidados poseían las mismas bases planas que los recipientes comunes.

Todos estos aspectos que permiten identificar y diferenciar la cerámica propia del Primer Hierro no son incompatibles, sin embargo, con otros rasgos que mantienen las características propias de los conjuntos vasculares previos e incluso hay algunas variantes formales y ornamentales que se conservan sin apenas modificaciones. Entre los tipos formales que se mantienen hay que señalar las fuentes o platos de carena alta, los cuales, a diferencia de los del Horizonte Cogotas I que solían presentar una cuidada decoración, o son lisos o presentan únicamente algunas impresiones en el labio. Otro elemento que parece heredarse de Cogotas I es el de asa acodada, típica de algunas jarras del Bronce Final y que, en pequeñas proporciones, encontramos en Cerro San Antonio.

En el caso de las técnicas decorativas, conviene señalar que existe una cierta coincidencia entre ambos horizontes, siendo los temas y su sintaxis compositiva los que reflejan un cambio más acusado. En este sentido conviene recordar que la incisión es, en ambas facies, la técnica más empleada y que en ambos horizontes se utiliza colorante para incrustarlo en los surcos

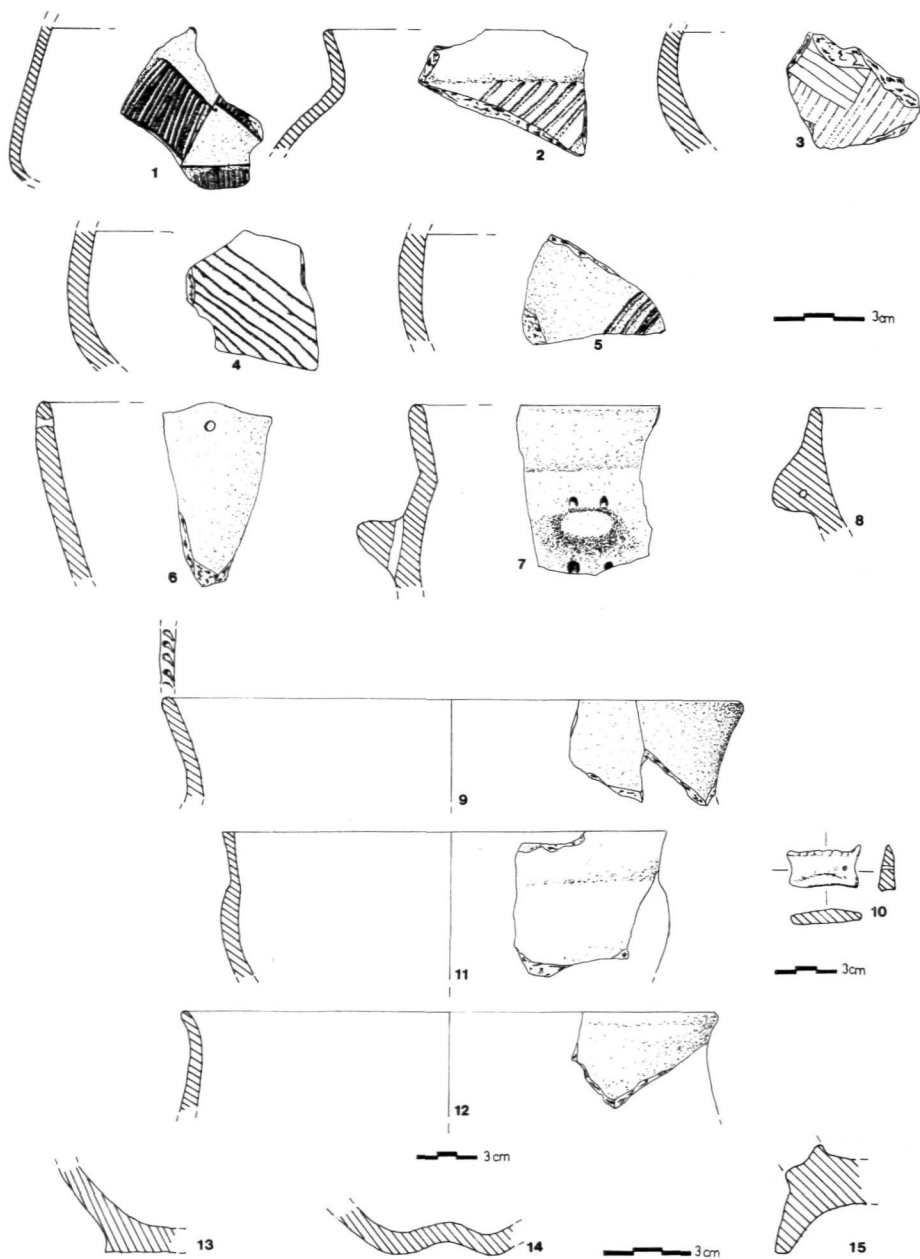


FIG. 11. — Núms. 1 al 15, conjunto de material cerámico procedente de la excavación del Puente de la Aldehuela, Getafe, según Priego (1986).

realizados con punzón. Además, tanto el acanalado como el grafitado (BLASCO, 1982) y el cepillado, aplicados siempre en proporciones mínimas, se han reconocido en algunos ejemplares de Cogotas I. Por el contrario, no se puede olvidar tampoco que algunas técnicas empleadas por los grupos meseteños Cogotas I y desarrolladas por otros círculos culturales del Hierro I, no han sido identificadas, hasta el momento en los yacimientos madrileños. Nos estamos refiriendo al caso de la excisión, un fenómeno que presenta una especial complejidad.

En efecto, la técnica de la excisión, característica del Horizonte Cogotas I, aunque utilizada siempre en bajísimas proporciones, la encontramos prácticamente en todos los yacimientos de nuestra región encuadrados en esas facies del Bronce Final, pudiéndose considerar, como ya hace tiempo se apuntó (MOLINA y ARTEAGA, 1976), como una técnica de desarrollo indígena, con antecedentes en la práctica de la pseudoexcisión campaniforme y con paralelos en otros grupos sincrónicos transpirenaicos; sin embargo, resulta difícil hacer a estas cerámicas excisas responsables de la revitalización de la técnica de excisión en el Hierro I (PELLICER, 1985) ya que en este nuevo horizonte la mayor presencia de excisas se registra precisamente en zonas donde el Horizonte Cogotas I apenas había tenido ninguna incidencia, como el Valle del Ebro, mientras que en las regiones de mayor densidad de esa facies del Bronce Final, entre las que se encuentra la región de Madrid, los herederos de aquellos grupos, asentados en los mismos puntos o a muy pocos kilómetros, abandonan la práctica de esta técnica, a pesar de que en la cercana cuenca del Henares, hay algunos yacimientos del Hierro I, como Peñalcuervo, La Merced o Alovera con cerámicas excisas (VALIENTE, CRESPO y ESPINOSA, 1986 y ESPINOSA y CRESPO, 1988). Este hecho nos obliga a considerar la posibilidad de que las excisas pertenecientes a yacimientos de la Primera Edad del Hierro sean producto de una revitalización propiciada por nuevos impulsos externos o a una nueva experimentación de otros grupos peninsulares ajenos al Horizonte Cogotas I.

Todos estos datos nos permiten entender cómo muchas de las técnicas propias del Hierro I son incorporadas con gran virtuosismo, ya que se trata únicamente de adaptarlas a una nueva temática y composición, mientras que se olvidan otras técnicas, quizás por su ausencia en las ornamentaciones de los conjuntos vasculares de los grupos con los que mantienen mayor contacto y por resultar más costosas de ejecución, como es el caso de la excisión o del boquique.

Características técnicas

Aunque los aspectos formales y ornamentales resultan más palpables, no podemos menospreciar las novedades que caracterizan a las producciones vasculares de este momento y que sirven de antecedente a la gran renovación que experimenta la alfarería en la Segunda Edad del Hierro con la introducción del torno y la sistemática utilización del horno de tiro controlado. Hasta el momento no hemos reconocido ningún fragmento realizado a torno, aunque existen algunos pertenecientes a ejemplares denominados de «cáscara de huevo», debido a la extrema delgadez de sus paredes, este hecho ha llevado a pensar a algunos investigadores que nos encontramos ante producciones realizadas a «rueda», o torno muy lento, aunque se trata de un extremo que no nos atrevemos a confirmar plenamente.

Por el contrario, la homogeneidad cromática que presentan las superficies de muchos de los recipientes más finos, nos invita a pensar que empezaban ya a utilizar, para las piezas más cuidadas, un horno de tiro perfectamente controlado, obteniendo recipientes de color negro o cuero, dependiendo de una cocción intencionada con fuego oxidante o reductor, pero para una mayor homogeneización de las superficies, la pasta era recubierta con una película rica en contenido férrico que favorecía esta coloración negra o cuero, muy homogénea, aspecto que ha podido ser comprobado mediante análisis de lámina delgada realizado en un muestreo de fragmentos procedentes del Cerro de San Antonio (BLASCO, LUCAS y ALONSO, en prensa).

La utilización de un horno de tiro controlado y del revestimiento para conseguir una mayor homogeneización de las superficies externas son dos logros que posiblemente se alcanzaron por influencia de las producciones mediterráneas introducidas en la Península de la mano de los colonizadores.

Otros materiales cerámicos

Son mucho menos abundantes que los recipientes pero no por ello menos significativos. Concretamente vamos a tratar de tres tipos de objetos: kotilliskoi, morillos y recortes o fichas.

Hasta el momento sólo se ha obtenido un único kotilliskos, procedente de la prospección realizada en el yacimiento de Arroyo Culebro (Fig. 10, n.º 4), pero su existencia resulta especialmente significativa e importante al tratarse de un objeto muy raro en la Primera Edad del Hierro. El kotilliskos es un pequeño vasito con el fondo o la parte inferior de las paredes abiertos para comunicarse con un recipiente de mayor tamaño a cuya boca se encuentra adosado. Estos recipientes con pequeños vasitos incorporados, son los kernoi, y tienen una clara función ritual utilizándose en muchos casos para la libación de diferentes líquidos.

Los primeros kernoi identificados en un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, son los tres ejemplares hallados en el Cabezo de Monleón de Caspe, estudiados por Beltrán (BELTRÁN, 1962). La importancia de los ejemplares caspolinos estriba en haberse conservado los kotilliskoi adosados a la boca de los kernoi. El citado autor recoge la existencia de otros kotilliskoi aparecidos en yacimientos peninsulares de la Primera Edad del Hierro, como es el de Cortes de Navarra. Así como en otros ejemplares pertenecientes ya a la Segunda Edad del Hierro, tanto del ámbito ibérico (Cabecico del Tesoro), como de la Meseta (Numancia, Luzaga, etc.). Muy pocos son los ejemplares de kotilliskoi, pertenecientes a la I Edad del Hierro, hallados con posterioridad a la publicación Beltrán, tan sólo conocemos la existencia de uno, encontrado hace unos años en otro yacimiento aragonés: La Cueva de Olvena (Huesca) (BALDELLOU y UTRILLA, 1985, pp. 91-95), posiblemente relacionado también con un nivel de la Primera Edad del Hierro que ha proporcionado cerámica acanalada (información verbal de los Dres. Utrilla y Rodanés).

En opinión de Beltrán estos recipientes tienen su origen en el Mediterráneo oriental desde donde su uso se divulga, por buena parte de la Europa oriental y continental. Hoy el número de ejemplares de estas características es muy alto y se confirma que su uso en Europa continental y mediterránea se populariza sobre todo en la Primera Edad del Hierro (Hallstatt C y D), momento en que parece introducirse también en la península. Entre las regiones donde alcanza una amplia difusión se encuentra el norte y centro de Italia (BARTOLONI y otros,

1988, tav. IX). La cartografía de ejemplares conocidos nos invita a pensar que su difusión pudo producirse principalmente por vía continental, hecho que parece quedar confirmado también en la propia Península Ibérica.

Durante la Segunda Edad del Hierro los kernoi alcanzan su máxima popularidad en la Península, pero es en las provincias de Burgos y Palencia, dentro de círculo Miraveche-Monte Bernorio, donde los vasos geminados, de clara utilización funeraria, tienen una mayor frecuencia. Posiblemente estos recipientes son una interpretación local de los kernoi precedentes empleándose con una función similar.

Otro objeto cerámico que también debió de tener, en muchos casos, un significado votivo es el morillo. De los yacimientos que estudiamos, conocemos un ejemplar miniaturizado procedente de Puente I (Fig. 11, n.º 10), y dos fragmentos de ejemplares de tamaño normal obtenidos en Pinto y Venta de la Victoria (Fig. 12, n.º 8).

Para Ruiz Zapatero son uno de los elementos más característicos de los grupos de los C. U. del Ebro (RUIZ ZAPATERO, 1985, p. 800) pero, como este mismo autor reconoce que su ámbito de difusión abarca otras regiones peninsulares, estando bien representados en el litoral levantino y sudeste, sin que sea fácil determinar con qué área se vinculan nuestros ejemplares. Todas las piezas encontradas en Madrid entran dentro del tipo B de Ruiz Zapatero, caracterizado por su forma prismática de sección maciza, triangular o trapezoidal.

Se trata de objetos relacionados con el hogar y el fuego, aunque en la mayoría de las ocasiones parecen tener más un sentido ritual que práctico. El carácter votivo resulta evidente en el caso del único ejemplar madrileño completo, el procedente de Puente I, debido a sus reducidísimas dimensiones: 35 milímetros de largo por 22 de alto y 9 de ancho (PRIEGO, 1986, p. 128). La parcial conservación de los otros ejemplares impide elaborar cualquier tipo de hipótesis sobre su posible uso, aunque en ningún caso presentan indicios de haber estado en contacto con fuego.

Como en el caso de los kotilliskoi, los morillos aparecen en los ajuares materiales peninsulares en este horizonte del Hierro I perdurando, como aquellos, en los conjuntos de la Segunda Edad del Hierro y más concretamente, en época paleoibérica, momento en el que no sólo son más abundantes sino que también adquieren una mayor variedad y, con frecuencia, son soporte para representaciones zoomórficas, posiblemente vinculadas a los cultos lares. En opinión de Maluquer los morillos cerámicos asociados a materiales ibéricos se fecharían entre fines del siglo VI y del siglo IV antes de C., momento en el que son sustituidos por los morillos de hierro (MALUQUER, 1983).

Queda, por último, mencionar la presencia de abundantes recortes cerámicos que, habitualmente, adoptan forma pseudocircular aunque también se presentan con morfología de tendencia rectangular. Suelen tener el contorno biselado o, recortado en pequeñas facetas de corte perpendicular. Estas «fichas» o recortes son también una novedad en los ajuares del momento y perduran con similar frecuencia en la Segunda Edad del Hierro. Se ha hipotetizado sobre la posible función de estos objetos asignándoles su uso como ficha de juego, valor de cambio o cuenta, contrapesos de telar, etc. Castro Curel, opina que la amortización de fragmentos de recipientes en objetos discoidales pudo tener distintas finalidades ya que su función está relacionada con su tamaño.

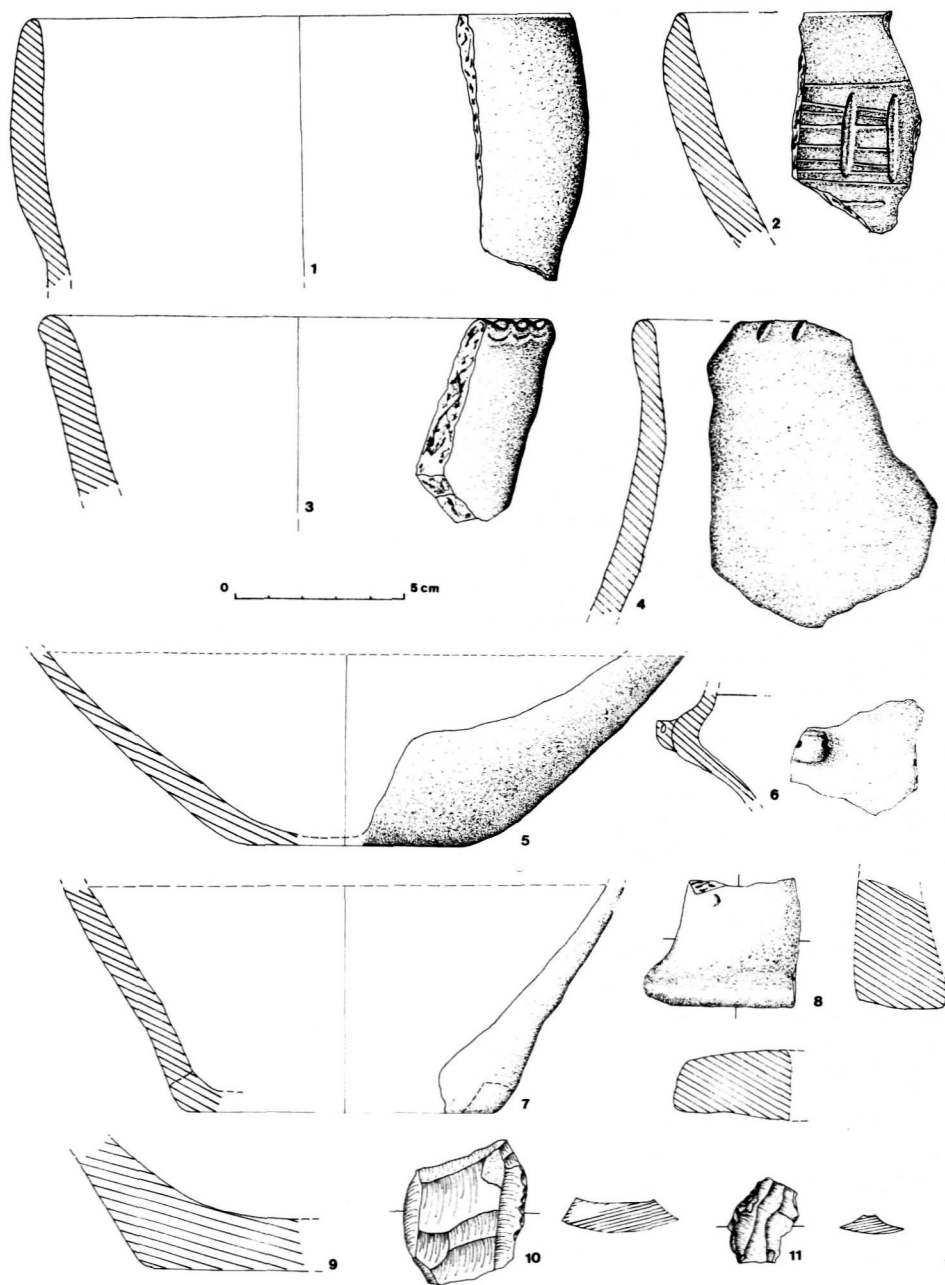


FIG. 12. — Núms. 1 al 11, material cerámico y lítico procedente de la prospección en el yacimiento de la Venta de la Victoria, Getafe.

Así los discos más pequeños pudieron haber servido como fichas de juego, los de tamaño medio se habrían empleado como contrapesos de telares verticales, mientras que algunos de los ejemplares mayores es posible que se utilizaran como tapaderas ocasionales (CASTRO CUREL, 1976).

Por el tamaño que tiene la mayoría de los recortes procedentes de los yacimientos de Cerro San Antonio, Pinto y Puente I, hay que incluirlos dentro del grupo de contrapesos de telar, hecho que además justificaría un intento de perforación central en uno de los recortes de Cerro San Antonio. Por otra parte, tenemos la seguridad de que en esta época el telar vertical estaba incorporado en la tecnología textil de algunos pueblos hallstáticos, según se desprende de la conocidísima urna de Oedenburg.

b) Los metales

Constituyen un lote muy reducido ya que la muestra la componen únicamente seis piezas o fragmentos de ellas. Un brazalete aureo (Fig. 4, n.º 9), y cinco objetos de bronce: Un escoplo o cincel, una aguja de fíbula, un puente de fíbula de arco simple rebajado, una aguja con ojo ligeramente romboidal (Fig. 13, n.º 18 y 19) y un punzón (Fig. 14, n.º 9). El brazalete fué recuperado en la posible tumba de La Torrecilla, mientras que los objetos restantes proceden de Cerro San Antonio (Madrid), La Zorrera y Sector III estos dos últimos yacimientos situados en el término de Getafe.

El brazalete es una pieza excepcional, cuya filiación resulta difícil, aunque ha sido puesto en relación con otros hallazgos próximos, como el tesoro de Abía de la Obispalía (Cuenca). Dejando aparte el problema de su filiación técnica con unos talleres u otros, ya que resulta problemática al no haberse realizado los correspondientes análisis metalográficos, su presencia, y más concretamente su asociación a una posible tumba, nos permite comprobar la existencia de objetos de prestigio que identifican a grupos o personajes de un relevante status social, que no es fácil rastrear a partir de los conjuntos domésticos y de los pocos datos que tenemos sobre arquitectura. Este hecho nos invita a suponer que, en este momento, se está iniciando en la zona la formación de una sociedad compleja que sólo parece cristalizar ya dentro de la Segunda Edad del Hierro. De todas formas estos objetos excepcionales son más propios de los conjuntos tumbales de la Primera Edad del Hierro e inicios de la Segunda que de los siglos posteriores, en los que se produce una homogeneización de los ajuares, fenómeno que habría que explicar por motivos prácticos o por cambios ideológicos, más que por una tendencia hacia una sociedad más igualitaria.

El resto de los objetos metálicos ha aparecido en contextos domésticos y pertenece a la categoría de elementos comunes. Por su composición, todos ellos son bronce binarios de buena calidad ya que el contenido en estaño supera siempre el 13 %. Desconocemos la función que pudo tener el delgado cincel o escoplo hallado en Cerro de San Antonio ya que estamos ante un objeto de morfología atípica al que no hemos encontrado paralelos próximos. Otro es el caso de la aguja de ojo de tendencia romboidal, pues se encuentra dentro de las tipologías de agujas propias de este horizonte (BLASCO, 1988), sin que pueda hablarse de un prototipo propio de un área cultural concreta. No obstante los ejemplares peninsu-

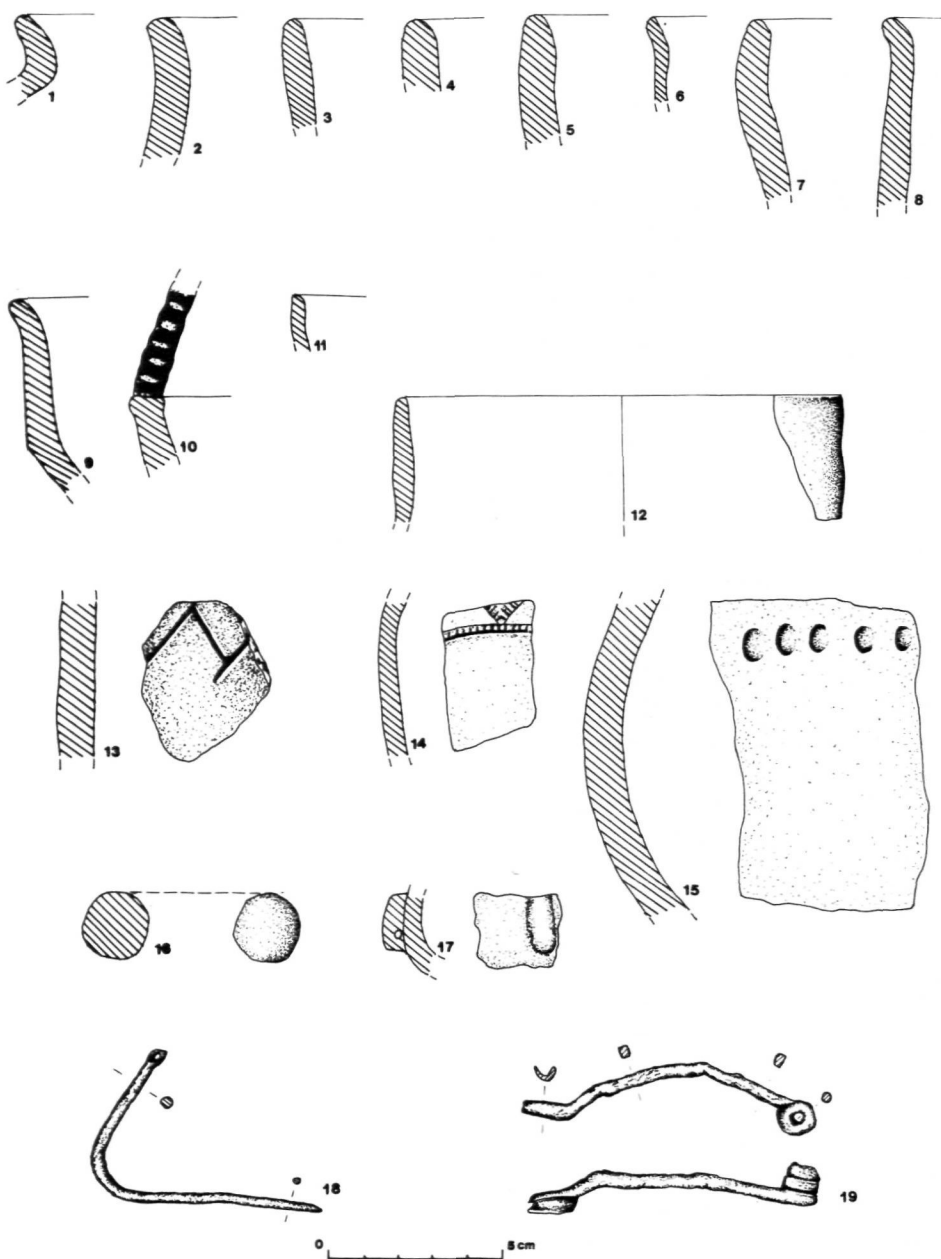


FIG. 13. — Núms. 1 al 19, material cerámico y metálico procedente del yacimiento de la Zorrera, Getafe; 18, aguja de bronce; 19, punte de fíbula de bronce, según Blasco (1988).

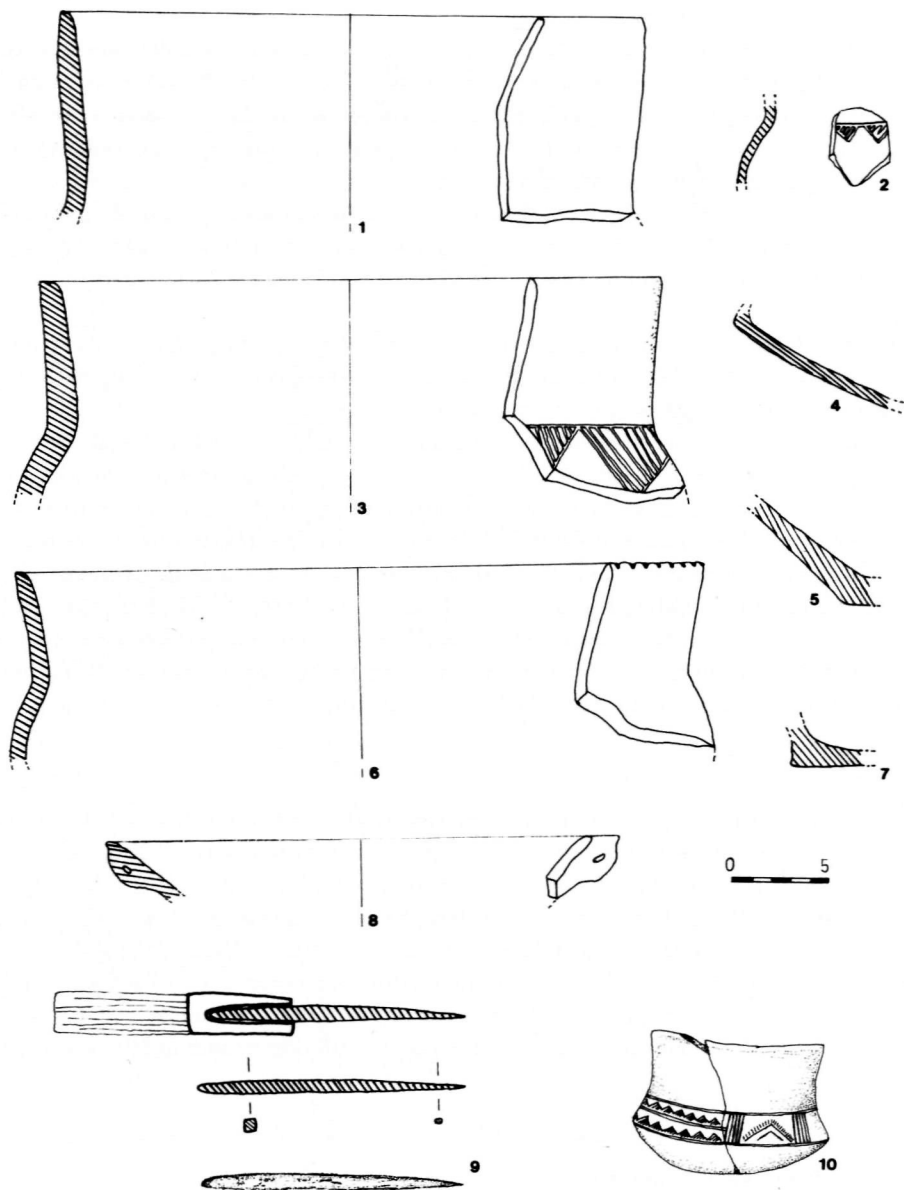


FIG. 14. — Núms. 1 al 9, diferentes tipos de material cerámico, yacimiento del Sector III, Getafe; 9, punzón de bronce, según Blasco y Barrio (1986); 10, vaso con decoración incisa procedente del Puente Largo del Jarama, Aranjuez. Dibujo a partir de fotografía.

lares morfológicamente más próximos son los procedentes del Castro de Peñas de Oro (Alava) (UGARTECHEA y otros, 1965).

Por su parte del puente de fíbula nos lleva a un modelo muy sencillo que se encuadra dentro de las denominadas de arco simple rebajado (GUZZO, 1972) que se fecha en Italia en los siglos VI y V a. C., cronología que también parece acomodarse al yacimiento madrileño de La Zorrera. Posiblemente se trate de un ejemplar producido en un taller local, con una tecnología muy sencilla, ya que el puente conserva, sin modificación alguna, la sección cuadrada de la varilla sobre la que se fabricó. Este tipo de fíbulas ha sustituido a las de codo que se asociaban a los ajuares del Horizonte Cogotas I que, en su inmensa mayoría, debieron de ser importadas desde regiones costeras peninsulares o, incluso, desde talleres extrapeninsulares.

Desgraciadamente desconocemos el tipo de fíbula al que pudo pertenecer la aguja recuperada en Cerro de San Antonio, aunque parece que corresponde a un ejemplar de resorte unilateral, similar a la del puente de fíbula de la Zorrera.

El punzón hallado en el transcurso de la excavación del Sector III de Getafe no permite establecer paralelos muy precisos debido a la excasa variación morfológica de este tipo de útiles. De todas formas sí se pueden observar unas claras diferencias con respecto a los punzones procedentes de yacimientos Cogotas I de la región de Madrid, ya que éste es más corto y tiene claramente diferenciados los dos extremos, de manera que sólo uno ha sido aguzado, mientras el que estuvo enmangado, es romo y la varilla se presenta algo más engrosada. Por su parte, los prototipos precedentes son varillas biapuntadas que pudieron ser empleadas por ambos extremos, no conservando, a diferencia del procedente del sector III, pátina causada por la materia porosa en que se fabricó el enmange.

c) Industria lítica

Es muy escasa y poco significativa ya que encontramos, indistintamente, elementos trabajados sobre lascas laminares y sobre lascas de proporciones más anchas (Fig. 5, n.º 5 y 6; Fig. 12, n.º 9 y 10). La pieza de mejor factura es un perforado laminar obtenido en el arenero Salmedina (Fig. 15, n.º 8). Las piezas más frecuentes son los elementos de hoz, muy abundantes también en otros yacimientos de cronologías más altas. Además de la industria tallada, tenemos algunos ejemplos de útiles pulimentados, procedentes, en su mayoría de Cerro San Antonio, se trata de fragmentos de molinos barquiformes, y azuelas que no permiten obtener paralelos por su amplia utilización aunque son un importante indicio que confirma la actividad agraria.

Cronología y valoración general

En el momento actual de las investigaciones puede definirse ya, en la región de Madrid, un horizonte con una clara personalidad, centrado en los siglos VII a V antes de Cristo, cuyo surgimiento se debió de producir tras el declinar de la Facies Cogotas I que se había desarrollado durante el Bronce Final de la zona. Salvo posibles casos aislados, parece que ambos

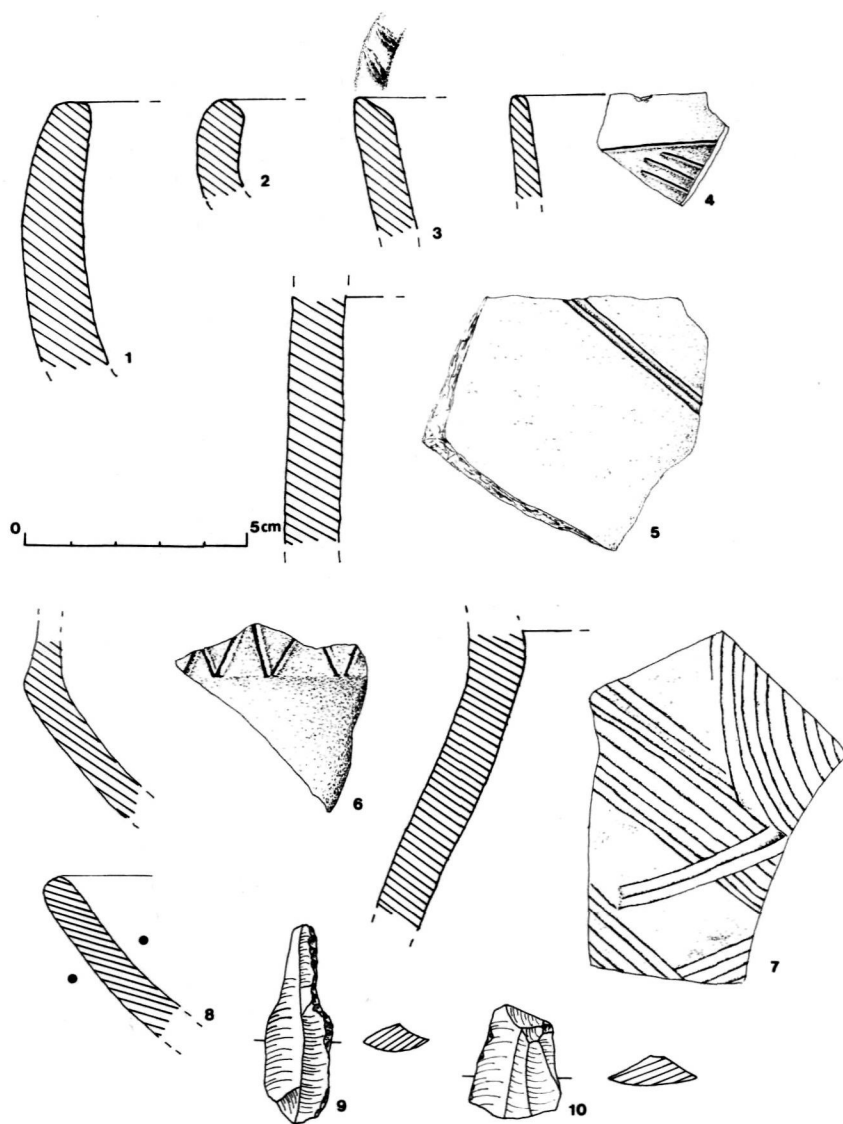


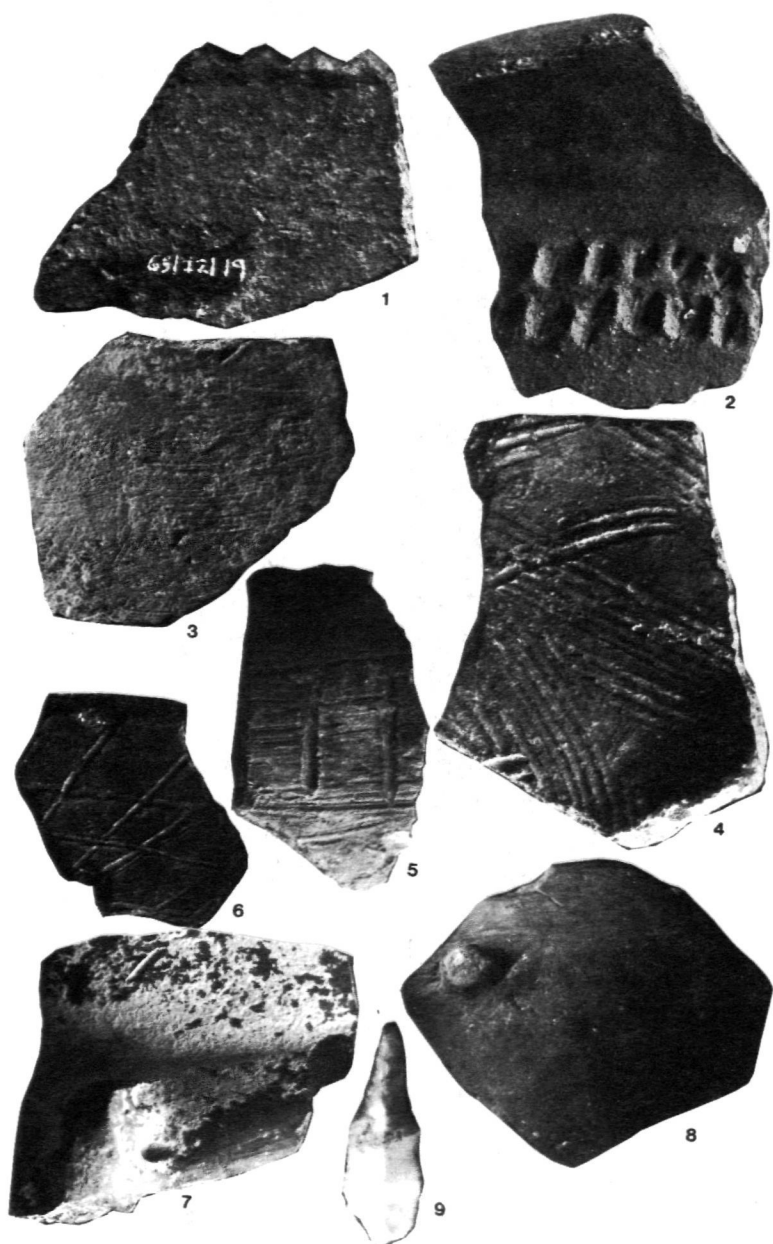
FIG. 15. — Núms. 1 al 5, material cerámico procedente de la prospección en el yacimiento de El Torrejón, Getafe; del 6 al 10, materiales procedentes de la prospección en el arenero de Salmedina, Getafe.

horizontes apenas llegan a convivir produciéndose la sustitución de manera relativamente rápida.

La renovación material afecta, de forma importante, a la mayor parte de las manifestaciones y ello hace pensar que, además del propio dinamismo interno, existen factores externos muy determinantes en su formación y desarrollo. Entre las regiones peninsulares que pudieron influir en estos cambios, hay que citar el sudeste, un área con la que ya se habían mantenido importantes contactos en épocas precedentes y que ahora se ven renovados por el impacto de los colonizadores llegados a las costas meridionales peninsulares. Sin embargo, la presencia de algunos elementos aislados, como un kotilliskos, pueden indicar que existe una cierta permeabilización a través del Sistema Ibérico que facilitó el contacto con los grupos establecidos en el Valle del Ebro, relacionados con la Europa Continental.

Este horizonte no es un caso aislado de la región de Madrid, sino que tenemos ya indicios suficientes para saber que se trata de un fenómeno que, de forma más o menos general, afecta a todas las tierras del interior peninsular. En la Meseta Norte recibe la denominación de Horizonte Soto I y, sin duda, presenta muchos rasgos en común con la Submeseta sur, aunque habrá que esperar a conocer algo más que las características cerámicas para saber los puntos que existen en común entre ambas Mesetas. Por otra parte, es lógico pensar que existen variantes locales entre las diferentes regiones, hecho que ha hemos puesto en relieve al tratar la región de Madrid en relación a zonas tan próximas como es la cuenca alta y media del Henares.

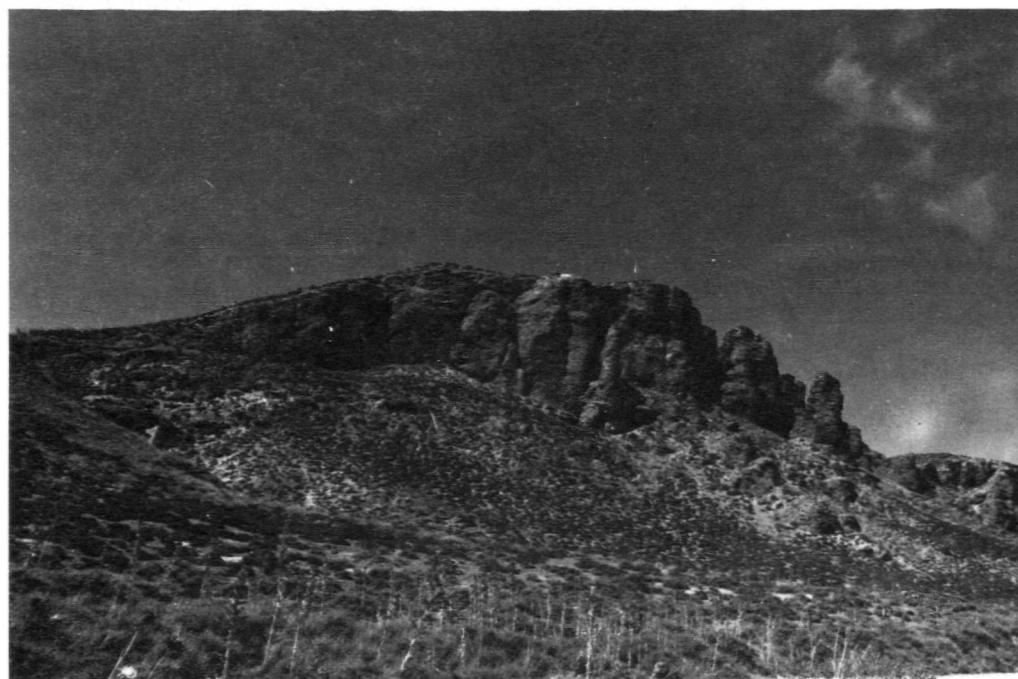
Desde el punto de vista cultural la etapa que nos ocupa representa un período de vital importancia que sirve de pórtico a la formación de los pueblos protohistóricos peninsulares. En ella se inicia la concentración de enterramientos en amplias necrópolis, se gesta el paso hacia una arquitectura en duro y un urbanismo más desarrollado y se incorporan algunas novedades técnicas importantes que permitirán el comienzo de la industrialización en manufacturas tan esenciales como la cerámica. Asimismo, se inicia el trabajo de la metalurgia del hierro que facilitará un importante cambio en favor de un utillaje más efectivo.



LAM. I. — Núms. 1 al 6, diferentes tipos de acabados y técnicas decorativas; 7 y 8, detalles de sistemas de suspensión; 9, perforador en sílex.



LAM. II. — Núm. 1, kotilliskos, 2 al 4, diferentes tipos de técnicas decorativas realizadas mediante incisión; 5, puente de fíbula; 6, punzón de bronce; 7, aguja de bronce.



LAM. III. — Núm. 1, vista general del yacimiento del Arroyo del Culebro situado sobre terraza; 2, vista general del yacimiento de la Boyeriza II situado sobre cerro en espolón.

Bibliografía

- ALMAGRO, M. (1977): *El Bronce Final y el Período orientalizante en Extremadura*. «Biblioteca Praehistórica Hispana», vol. XIV, Madrid.
- ALMAGRO, M. y DÁVILA, A. (1989): «Ecce Homo. Una cabaña de la Primera Edad del Hierro». *Revista de Arqueología*. Año X, n.º 98, pp. 29-38, Madrid.
- ALMAGRO, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo*. (Alcalá de Henares, Madrid). Madrid.
- ALMELA, A. (1984): *La cerámica decorada con impresiones digitales del Bronce Final de Andalucía occidental y el problema de los llamados indoeuropeos*. Memoria de Licenciatura inédita presentada en la U.A.M.
- ARCELÍN, P. y BREMON, J. (1976): «Le gisement protohistorique du Mont-Valence, commune de Fontvieille (Bouches-du-Rhône)». *Cypselia II*, pp. 161-172, Gerona.
- ARRIBAS, A. y otros (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada)*. Corte estratigráfico n.º 3. «Excavaciones arqueológicas en España», n.º 81, Madrid.
- BALDELOU, V. y UTRILLA, P. (1985): «Nuevas dataciones de radiocarbono de la Prehistoria oscense». *Trabajos de Prehistoria*, vol. 42, pp. 83-95, Madrid.
- BARTOLONI, G. y otros (1980): *Dizionario terminologici. Materiali dell'età del Bronzo Finale e della prima età del Ferro*. Florencia.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1962): «Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo Monleón: I. La planta. II. Los Kernoi». *Caesaraugusta* 19-20, pp. 7-36, Zaragoza.
- BLASCO, C. (1988): «Paralelos culturales entre el Alto Tajo y el Noreste peninsular durante el Bronce Final III». *Prehistoria i Arqueologia de la Conca del Segre*. 7.º Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, pp. 139-145, Puigcerdà.
- BLASCO, C. y ALONSO, A. (1985): *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid*. Excavaciones Arqueológicas en España, n.º 143, Madrid.
- BLASCO, C. y BARRIO, J. (1986): «Excavaciones en dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid)». *Noticiario Arqueológico hispánico*, 27, pp. 75-142, Madrid.
- BLASCO, C. LUCAS, R. y ALONSO, A. (1985): «Nuevo yacimiento prehistórico de la provincia de Madrid: El Cerro de San Antonio». *Actas del XVII, Congreso Nacional de Arqueología*, (Logroño), pp. 267-278, Zaragoza.
- BLASCO, C. LUCAS, R. y ALONSO, A. en prensa: *Excavaciones en el Cerro San Antonio*. Comunidad de Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M.ª y VALIENTE, J. (1980): «Cerámica grafitada del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*, n.º 37, pp. 399-419, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M. y VALIENTE, J. (1981): *Cástulo III*. Excavaciones Arqueológicas en España, n.º 117. Madrid.
- CASAS, V. y VALBUENA, A. (1985): «Un vaso pintado de la Edad del Hierro de la provincia de Madrid». *Actas del Congreso Nacional de Arqueología*. (Logroño), pp. 451-464, Zaragoza.
- CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. «Excavaciones en Navarra VIII». Pamplona.
- CASTRO CUREL, Z. (1976): «Piezas discoidales en yacimientos del N.E. de Cataluña», *Cypselia II*, pp. 173-195, Gerona.
- DEDET, B. (1987): *Habitat et vie quotidienne en Lanquedoc au milieu de l'âge du fer. L'unité domestique n.º 1 de Gailhan, Gard*. París.

- DUVAL, P. M. y KRUTA, V. (eds.) (1975): *L'habitat et la nécropole à l'âge du Fer en Europe occidentale et Centrale*. «Actes du 1 colloque archéologique de la IV Section de l'Ecole des Hautes Etudes (París, 1972)». París.
- ESPARZA, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- ESPINOSA, C. y CRESPO, M.^a L. (1988): «Un yacimiento de la transición del Bronce al Hierro en Alovera (Guadalajara)». *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Tomo III. *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), pp. 247-256, Ciudad Real.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1979): «Notas de Prehistoria seguntina» *Wad-Al-Hayara*, 6, pp. 29-35, Guadalajara.
- GARCÍA ALONSO, M. y URTEAGA, M. (1985): «La Villa medieval y el Poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)». *Noticiario arqueológico hispánico*, 23, pp. 122-135, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1985): «Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica». En *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*, pp. 153-184, Alicante.
- GUZZO, P. G. (1972): «Le fibule in Etruria dal VI al I secolo». En *Studi e materiali di Etruscologia e Antichità Italiche*, pp. 87-191, Florencia.
- HARRISON, H. MORENO, G. y LEGGE (1987): «Moncín: Poblado protohistórico de la Edad del Bronce (I)». *Noticiario Arqueológico hispánico*, 29 pp. 7-102, Madrid.
- LUCAS, R. y ALONSO, A. (1989): «Vaso de la Primera Edad del Hierro pintado con decoración antropomorfa: Cerro de San Antonio, Madrid». *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología*. Castellón 1987, pp. 292-307, Zaragoza.
- LLANOS, A. (1974): «Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro». *Estudios de Arqueología alavesa*. 9, pp. 245-263, Vitoria.
- LLANOS y otros (1975): «El Castro de Henayo (Alegria de Oria). Memoria de excavaciones. Campaña de 1969-70». *Estudios de Arqueología alavesa*, n.º 8. Vitoria.
- MALUQUER, J. (1958): *El castro de los Castillejos en Sanchorreja*. Avila-Salamanca.
- MALUQUER, J. (1983): «Morillos del poblado de los Molinicos en Moratalla, Murcia. Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch, T. II, pp. 171-176, Madrid.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J. M.^a y MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I. (1988): «La ocupación del Final de la Edad del Bronce en Castillo de Huete (Cuenca)», en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Tomo III. «Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)», pp. 217-231, Ciudad Real.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. y ARENAS, J. (1988): «Un hábitat de "Campos de Urnas" en las Parameras de Molina (Emb. de Guadalajara)», en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Tomo III. *Pueblos y Culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), pp. 269-278, Ciudad Real.
- MENA, P. (1984): *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. «Boletín del Museo provincial de Cuenca I».
- MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (1979): *Evaluación de recursos agrarios. Mapa de cultivos y aprovechamientos*. E: 1:50.000. Getafe (Madrid). Madrid.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica excisa en la Península». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. I, pp. 175-214, Granada.
- PAUTREAU, J. P. (1984): «Le passage de l'âge du Bronze à l'âge du Fer en Poitou». *Transition Bronze Final Hallstatt ancien: Colloque*. 109 Congrès national des savantes Dijon, pp. 229-250.
- PELLICER M. (1985): «El problema de la cerámica excisa del Ebro». *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*. Logroño 1983, pp. 335-346, Zaragoza.
- PRIEGO, M.^a C. (1986): «Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1984», *Villa de Madrid año XXIV, 1986-III y IV*, pp. 115-135, Madrid.
- PRIEGO, M.^a C. y QUERO, S. (1978): «Prehistórica madrileña: Una obra maestra de la orfebrería. El brazalete de oro de La Torrecilla (Getafe)». *Villa de Madrid*. Año XVI, 1978-II, n.º 59, pp. 17-23, Madrid.

- ROMERO, F. (1980): «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca media del Duero». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*. XLVI, pp. 137-153, Valladolid.
- ROMERO, F. (1985): «La Primera Edad del Hierro». En: DELIBES y otros: *Historia de Castilla y León*. 1. *La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid.
- ROMERO, F. (1989): «Algunas novedades sobre los castros sorianos» en *Diez años de Arqueología soriana* (1978-1988), pp. 49-58, Soria.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de urnas del NE. de la Península Ibérica*. 2 tomos, Univ. Complutense, Madrid.
- (1986): «Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico». *Arqueología espacial*, 9, pp. 79-101, Teruel.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A. (1988): «Elementos e influjos de tradición de «Campos de urnas» en la Meseta sudoriental». *I Congreso de Historia de Castilla La Mancha*. Tomo III, *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), pp. 257-268, Ciudad Real.
- SAENZ DE URTURI (1983): «Estudio de las cerámicas grafitadas de los yacimientos alaveses». *Estudios de Arqueología alavesa*, n.º 11, pp. 387 y ss., Vitoria.
- SÁNCHEZ CAPILLA, M.^a L., en prensa: «Cerámicas grafitadas en Moya, Cuenca y las cerámicas grafitadas en la Península Ibérica: Estado de la cuestión. *Revista Cuenca*. Diputación Prov. de Cuenca.
- TAFFANEL, O. y J. (1955-1960): *Le premier Age du Fer Lanquedocien* (3 vols.) Bordiguera-Montpellier.
- UGARTECHEA, J. M. y otros (1965): «El Castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava), I, II, III campañas de excavación». *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, T. IX. Vitoria.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1973): «Nuevo yacimiento de cerámica pintada de la I Edad del Hierro en España». *XII Congreso Nacional de Arqueología* (Jaén 1971), pp. 333-340, Zaragoza.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. y RUBIO DE MIGUEL, I. (1982): «Aportaciones al conocimiento de la Arqueología madrileña: Hallazgos arqueológicos en la zona de La Aldehuela-Salmedina (Getafe-Madrid)». *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, pp. 55-97, Madrid.
- VALIENTE, J., CRESPO, M.^a L. y ESPINOSA, C. (1986): «Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los poblados de ribera». *Wad-Al-Hayara*, pp. 47-70, n.º 13.
- WERNER, S. (1987): *El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Centroeuropa*, 3 tomos, Madrid.
- WERNER, TH. (1984): *TYPENTAFELN zur Ur-und Frühgeschichte Mitteleuropas*. *Hallstattkultur*. Göttingen.